

LA VIDA
ES UN
MOMENTO



JOSE PEREA DEL PINO

D.J.57

EL RASTREADOR DE MUERTOS

JOSÉ PEREA DEL PINO

El Rastreador de muertos

José Perea del Pino

Ilustrador: Antonio Miguel Gómez Gómez

De los textos: José Perea Del Pino

Copyright © 2019 José Perea Del Pino

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

Capítulo 10.

CAPÍTULO 1

Los días pasaban y nada sucedía, todo igual. Ninguna llamada para disolver la amargura establecida en casa de los McReady, o alguna noticia que alegrara sus corazones. Luck y Elly McReady eran unos padres de mediana edad desesperados por saber dónde se encontraba su hija Mary Beth, desaparecida, justo, hacía una semana.

Vivían una pesadilla de la que querían despertar. Cada segundo que pasaba sin noticias, era un tenaz azote que dejaba una marca alargada y ensangrentada en sus almas. Sufrían sin medida. Para Luck McReady, el padre de Mary Beth, era insoportable. Aquel hombre fornido de casi uno noventa de altura, soportaba una extensa angustia más allá de su comprensión. Su empleo en una empresa constructora en la pequeña localidad de Soggy Town, lo había convertido en una masa de músculos duros como piedras.

Antes de la desaparición de su hija era un hombre feliz, considerado como un vecino ejemplar. Lo que tenía de grande y fuerte, lo tenía de amable y tranquilo. Tenía cualidades que lo convertían en una persona digna de apreciar. La ausencia de su pequeña, dulce y querida hijita, lo estaban transformando en un ser lleno de ira y rabia. Con solo pensar que algo malo le podía haber sucedido, un pellizco en el estómago lo retorció de dolor.

Ese calvario comenzó un lunes a medio día. El viejo Sheriff Guiligan hizo una llamada telefónica a la empresa de construcción donde trabajaba McReady. Esa llamada transportaba la amarga noticia de la desaparición de Mary Beth.

Roy Temppórt, un pequeño hombre delgado al que la forma de su bigote y peinado de pelo negro le daba un parecido asombroso a Adolf Hitler, era el dueño del negocio y quien cogió el teléfono.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Roy, soy el sheriff Guiligan, necesito hablar con Luck McReady. —La voz telefónica no dejaba entrever los cerca de setenta años del sheriff—. Es urgente.

—Está en el almacén. ¿Qué ha pasado? —Aunque su aspecto pudiese recordar al terror y al miedo, se intuía cortesía siempre que el pequeño jefe hablaba.

—¡Nada que te interese! —inquirió Guiligan, con una antipatía que muy a menudo dejaba florecer— ¡Ve a buscarlo!

Roy dejó que su mejor empleado conversara con tranquilidad en su oficina. Le observaba a través de una enorme cristalera rectangular que separaba la

habitación del resto del almacén. Con respecto avanzaba la conversación, el rostro de Luck se torcía más y más preocupado.

—Algo no va bien —murmuró el pequeño jefe con preocupación mientras se acariciaba el bigote.

No se equivocó. McReady, después de colgar el teléfono, lanzó una de las sillas a la cristalera con violencia. El ruido de cristales rompiéndose fue tan estrambótico y brutal que se escuchó en todo el almacén. Su rostro desencajado y su mirada desquiciada clavada en los cientos de diminutos trozos de cristal esparcidos por el suelo, manifestaba la pérdida de la cordura al completo. Solo tardó unos segundos en expulsar un grito desgarrador, pareció que su alma escaló por el interior de su garganta hasta salir por la boca.

—Cierto, algo no va bien —afirmó Roy, escondido entre sus brazos.

La amistad entre Roy y la familia McReady era conocida por todos en el pueblo; estaban muy unidos. Por eso, una gran angustia dominó al pequeño jefe cuando contempló tal espectáculo. Algo muy grave tenía que pasar si alteró la imperturbable tranquilidad de su amigo. Se tapaba la cara y lloraba desconsoladamente. Nunca le había visto así.

Aunque la curiosidad se adueñó de él, el sollozo incontrolable de Luck, lo bloqueó. No sabía qué hacer. Intentó preguntar, pero entre los nervios y la amargura que producía su amigo, su propósito se convirtió en un ruido extraño y agudo desprovisto de significado, más parecido al cantar de un gallo a primera hora de la mañana que a cualquier palabra humana. Sin pretenderlo, tuvo como resultado la mejor de las preguntas.

—Mi Mary Beth ha desaparecido —informó Luck, que interrumpió el llanto por el ruido extraño de su jefe—. Mi niña faltó esta mañana a clase —continuó con voz entrecortada—. Su profesor llamó a Elly para saber el motivo, pero... ¡fue al instituto como siempre! ¡a la misma hora! —comenzó a llorar de nuevo— No puede ser, no puede ser... ¡Han encontrado sus zapatillas deportivas manchadas de sangre!

Roy fue golpeado por un choque de sentimientos desgraciados. Caía por el vacío más profundo al contemplar el sufrimiento de su amigo y su alma se desgarró con la desaparición de Mary Beth. Desde que nació, no se perdió ninguno de sus quince cumpleaños. En todos ellos se esmeró en preparar un regalo que la llenara de felicidad por completo. Sus risas y gratitud suponían un subidón anual de energías positivas, no solo para él, sino para todas las personas que tenían la suerte de conocerla.

Mary Beth era querida por todos.

Se prometió en ese mismo instante que haría todo lo que estuviera en su mano para dar con ella. No pararía hasta encontrarla.

Soggy Town era un pueblo pequeño y tranquilo situado a tres kilómetros del lago Okeechobee, en Florida. Sus apenas tres mil habitantes se conocían prácticamente todos. La desaparición de la única hija de los McReady fue una noticia que corrió como la pólvora; la conmoción fue generalizada. No hubo persona que no quisiera ayudar en su búsqueda.

Cada palmo de tierra del pequeño pueblo fue rastreado en los siguientes días. Se interrogó a todas las personas que tuviese una mínima relación con la niña o, incluso, con la familia. Las profundidades del lago fueron removidas por los mejores buceadores profesionales y otros muchos voluntarios venidos de todas partes. Los extensos juglares fueron explorados. Además, Roy Temppórt, transformó su almacén en una sala llena de teléfonos donde, vecinos de Soggy Town, respondían a todas las llamadas portadoras de alguna información.

El resultado obtenido después de tanto esfuerzo fue... devastador.

Nadie sabía nada sobre Mary Beth. El lago Okeechobee solo tenía toneladas de fango y cientos de caimanes, y la información dada por las llamadas eran más fruto de la colaboración desesperada que alguna pista real o firme.

A fin de cuentas, nada.

A Mary Beth se la tragó la tierra y escupió sus zapatillas para que sus seres queridos sufrieran. La esperanza de encontrarla con vida se derrumbaba como pequeños peñascos con cada segundo que pasaba.

Después de dos meses angustiosos la policía dejó de ir a casa de los McReady, las llamadas de los informantes dejaron de sonar, los carteles con la cara inocente de Mary Beth se despegaban de las farolas o postes de luz y eran arrastrados por mínimas corrientes de aire para desaparecer en el olvido.

Los habitantes de la pequeña localidad se habían olvidado de ella para continuar con sus vidas. En cambio, las vidas de Luck y Elly, se habían transformado en un ambiente diario angustioso e irrespirable; en un retrato de crueldad infinita. El clima tenso como la piel de un tambor, no hacía otra cosa que arrastrarlos a discusiones inverosímiles en las cuales los dos acababan, irremediablemente, llorando sin consuelo alguno.

¿Cuál es la solución a la pena o al desconsuelo o al dolor? ¿Cómo se puede dejar de echar de menos a alguien que se echa tanto y tanto de menos?

Roy y Elly seguirían, aunque el resto de personas se dieran por vencido. La

única solución para aliviar parte de la tortura diaria que sentían era encontrarla. Cualquier otra no hubiese servido para nada. No aceptarían que se hubiera marchado de sus vidas así, sin más.

Los meses se agolpaban uno tras otro, así hasta el octavo. ¿Cómo era posible? La ilusión por encontrar a Mary Beth desapareció igual que ella: de repente y con dureza. El optimismo quedó hecho trizas y la esperanza de encontrarla apenas respiraba.

Lo peor de todo para los desdichados padres era, sin duda, la incertidumbre. Constantemente discutían sobre querer saber o no, sobre si deseaban conocer el destino de su hija o, simplemente, seguir hacia delante sin saber su paradero.

—Pero... ¿cómo dices eso? —preguntó Roy, alterado. Sus ojos vidriosos estaban a punto de soltar una lágrima— ¡Es nuestra hija! ¡Nuestra niña! —Enfadado, dio un tremendo puñetazo y hundió su puño en la pared de madera y yeso del salón donde se encontraban— No pienso hacerlo, no dejaré de buscarla... La encontraré esté donde esté, ¡y lo haré sin ayuda de nadie si es necesario! —Su mirada no se apartaba de la mano incrustada en la pared. Una pequeña humareda desapareció segundos después de golpearla.

—Estoy cansada, Roy —dijo Elly, abatida. Estaba sentada en un sillón marrón con amplios brazos y orejeras. A un lado tenía un gran ventanal donde, a medio día, la luz del sol entraba holgadamente y ayudaba a que Roy, antes de no estar pensando contantemente en la desaparición de su hija, quedara totalmente absorbido en sus tiempos libres en alguna historia de Jim Thompson o Lee Child. Al otro, una lámpara de pie tan alta como el sillón, era capaz de alumbrarlo de forma excepcional para facilitarle la lectura de noche—. Ella no volverá, lo sé. —Su aspecto físico era lamentable. Estaba extremadamente delgada debido a la pérdida de apetito. Una pequeña sombra resaltaba en las hundidas mejillas de su cara blanquecina y esquelética, y unas grandes ojeras destacaban en su mirada perdida que se filtraba por su pelo rubio desaliñado.

—Eso no lo sabes. —Las palabras de Luck transportaban rabia. Al fin, una pequeña lágrima recorrió velozmente su mejilla hasta descolgarse por su mentón y estrellarse en el suelo— ¡No podemos dejar de buscarla! —finalizó sacando su brazo de la pared con brusquedad y dirigiéndose a su mujer con los puños apretados. Diminutas gotas de sangre nacían de una herida en su mano.

—Sí que podemos —replicó su esposa—. Debemos hacerlo, míranos. ¿Qué queda de nosotros? —continuó mientras agarraba la mano herida de Luck y la besaba con cariño—. Mi interior está vacío. Nos ha tocado vivir una maldición, no dejemos que la mancha negra se extienda más dentro de nosotros, debemos

dejarla ir. —Sus ojos, marchitados como en la peor de las sequias, estaban clavados en el rostro exasperado de su marido incapaces de expulsar una lágrima más—. Entiéndelo, por favor, sigamos con nuestras vidas...

La cabeza de Luck echaba humo. ¿Dejarla ir? Hacer eso sería como arrancarle el corazón con una cuchara sopera. No entendía como su esposa, la mujer con la que decidió pasar el resto de su vida y crear una familia, ahora, en el momento que más unidos tenían que estar, abandonaba la lucha. ¿Retirarse a una vida depresiva con constantes dudas y recuerdos contagiados de sufrimiento?

—No —pronunció con sequedad—. No voy a olvidarla. Todo lo contrario, seguiré buscándola hasta el fin de mis días. —Con un gesto áspero desprendió su mano de las de su esposa y se dirigió con pasos alargados a la puerta de la casa, quedándose unos instantes paralizado justo cuando agarró el pomo—. Me voy a... —Hizo una pausa—... No me esperes despierta. —Abrió la puerta y se fue, cerrándola con violencia.

El rostro de Elly ni se inmutó. Se acomodó en el sillón y ojeó por la ventana como el sol se ocultaba en el horizonte. Recordó como contemplaba el cielo anaranjado del atardecer desde el porche de su casa con Mary Beth.

—Debemos olvidarla, no tenemos otra opción. —Mientras murmuraba prácticamente en silencio, se durmió.

La combinación más rápida para viajar desde Soggy Town a Bartlesville, Oklahoma, era coger un autobús que tardaba casi tres horas hasta Orlando y, allí, un avión hasta Tulsa, donde habría que montarse en otro autobús durante, al menos, dos horas. En total, si sumamos las aproximadas tres horas de vuelo, son alrededor de ocho horas de viaje solo de ida.

Si alguien quisiera hacer un viaje de ida y vuelta desde Soggy Town a Bartlesville, sin hacer noche en ningún sitio, tardaría más de quince horas. Pues eso hizo Roy Temmpórt. Y no lo hizo por su amor desmesurado al viaje, sino por un motivo que, para él, podría cambiar el transcurso de los acontecimientos.

Eran las dos de la mañana cuando bajó del autobús procedente de Orlando. Sin hacer caso al cansancio, se dirigió sin perder tiempo a casa de los McReady. Aporreó la puerta con insistencia, una y otra vez; no le abrió nadie. Se maldijo para sí mismo, tenía que encontrar a Luck y hablar con él.

—Seguro que está en el Okee Bar. —Se dijo mientras se marchaba

apresuradamente.

El Okee Bar era el mejor local para disfrutar de la gastronomía típica de la zona. Sus completos y baratos desayunos atraían a la gente como hormigas. Y no era de extrañar, pues por apenas doce dólares por persona, podría llenarse el estómago de zumo de naranja, tortitas, huevos revueltos o fritos, acompañados de bacón y patata, fruta fresca y cereales con leche, todo en cantidades desorbitadas para una persona normal y corriente.

El dueño del Okee era Elliot Payne: un chef contrastado de cincuenta años de edad, que adquirió su experiencia viajando por Florida. Intentó durante bastante tiempo establecerse por los alrededores de Soggy Town, pero fue en la pequeña localidad donde sus recetas tuvieron éxito. Si sus desayunos baratos eran famosos, sus entrecots con huesos acompañados de gran variedad de salsas, sus ensaladas servidas con diferentes tipos de verdura y sus típicas hamburguesas y sándwiches fríos, hacían hablar del Okee Bar en media Florida.

Para Soggy Town era bueno tener a Elliot Payne. Su local atraía a gran cantidad de turistas con ganas de probar sus platos.

Al llegar la noche, Elliot, transformaba su local en un lugar donde cualquiera a cualquier hora, podía tomarse una copa. Como no, ese sitio se convirtió en habitual para el padre de Mary Beth. Cada vez que el desánimo o la pesadumbre le ganaban la partida, arrojaba sus horas por la barra del Okee entre incontables cervezas y whiskys secos. Cada vez que se preguntaba por él, la mayoría de las veces todo el mundo daba la misma respuesta.

—¡Seguro que está ahogando sus penas en el Okee Bar!

Cuatro grandes jarras de cristal que podían contener medio litro de cualquier líquido, estaban alineadas una detrás de otra en un orden milimétrico a lo largo de la barra del Okee Bar con restos de cerveza espumosa. A la pequeña fila india le seguían dos vasos pequeños de whisky vacíos. El causante de tal orden estaba sentado en un taburete con los codos apoyados en aquel mostrador: Luck McReady.

Roy entró en el bar justo en el momento en que su amigo acababa de un solo trago su tercer whisky seco y colocaba el pequeño recipiente de cristal al lado de los otros.

El camarero, un joven delgado y feúcho, le hizo un movimiento rápido con la cabeza al pequeño jefe apuntando al grandullón mientras limpiaba la superficie

de la barra con un trapo húmedo. Ese gesto podía tener cientos de significados, pero el más probable sería el de «aquí está tu amigo con un pedo de categoría».

Roy arrugó sus pobladas cejas. «Ojalá no esté demasiado borracho y comprenda lo que tengo que decirle», pensó mientras se sentaba a su lado y hacía una señal al camarero para que le sirviera una copa.

—Hola, Luck, ¿cómo va la cosa? —preguntó con amabilidad. Esperaba sacar conclusiones de su estado con la respuesta.

—No puede más. —Sorprendentemente, Luck, aunque con seriedad, hablaba bastante más que aceptable.

—¿Quién no puede más?

—Elly. Dice que quiere olvidarla, que está cansada de recordarla..., de sufrir.

El joven camarero, que se disponía a servir un vodka a Roy, escuchó al deprimido padre. Se quedó igual de petrificado que el pequeño jefe.

—Jimmy, ¿no tienes nada que hacer? —Le riñó Roy.

—Sí, señor. Disculpe. —Colocó la bebida en su sitio y se dirigió a otra parte de la barra con nerviosismo.

Para Temmpórt era complicado explicarse con el rostro totalmente inexpresivo de su amigo a apenas dos cuartas de su cara. Estaba seguro de que le levantaría de ese maldito taburete gracias a su información. Una oleada de optimismo lo empujó.

—Pues este no es el momento de olvidarla —dijo dándole un pequeño trago al vodka.

—¿Cómo? —preguntó Luck, extrañado.

—Que este no es el momento de olvidarla —repitió. Miró fijamente a aquel hombre hundido; sus ojos estaban completamente abatidos.

—Aclárate, por favor, no estoy para esto...

Temmpórt se acomodó en su sitio y empezó a explicarse con seguridad y, al mismo tiempo, como alguien con la obligación de contar algo que no quiere.

—Verás, tengo un contacto en la policía de Washington. —Con la primera frase Luck prestó toda su atención; toda la cogorza que tenía se evaporó—. Está al corriente del caso de Mary Beth, tiene mucha experiencia en estas cosas y... me dio un nombre —finalizó con suspense.

—¿Un nombre? ¡Roy, por favor! —Luck agarró con fuerza a su jefe por los hombros y lo zarandeó— ¿Qué quieres decir con un nombre? —La desesperación saltó a relucir en él.

—¡Te lo diré si paras! —gritó Temmpórt con la voz entrecortada por las sacudidas. Luck se detuvo y se disculpó al instante— Eso es amigo mío,

tranquilízate —continuó—. Lo que te voy a proponer se hará solo si queréis, ¿de acuerdo? —El grandullón asintió, su rostro mostraba curiosidad y ansias a partes iguales— Vale. Me proporcionó el nombre de un colaborador de la policía estatal y del F.B.I.

—Roy —intervino McReady, desilusionado. Alzó la mano para que parara—. Ya han venido toda clase de detectives. Creí que ibas a decirme otra cosa, no sé, el nombre de alguien que vio a mi niña por última vez o algo parecido.

—¡No me interrumpas y escucha lo que tengo que decir! —Luck se sorprendió por la agresividad de su jefe. De nuevo, asintió como un niño pequeño al que regañaban— Está bien, escúchame con atención. Ese colaborador ha resuelto todos los casos en los que ha participado.

La cara de McReady cambió. Un rayo de esperanza atravesó su pecho y un subidón de energías positivas lo abordó. Saltó del taburete con un brinco nervioso, cayéndolo con violencia.

—¡Pues vamos a por él! —dijo, emocionado.

—Espera, antes tengo que contarte otra cosa —Roy no se contagió de la alegría de su amigo, que se detuvo en seco—. Este hombre, amigo mío, ha resuelto más de treinta casos de desaparición. Procesos en los que, para la gente normal, no había esperanza. Como el de Mary Beth. Pero en todos, sin excepción... — Hizo una breve pausa — ... el final fue nefasto.

—¿Qué quieres decir con nefasto?

—Quiero decir que todas las veces en las que este hombre ha intervenido, los desaparecidos se han encontrado... muertos.

La conversación se detuvo durante unos instantes y tomó un derrotero al que ya estaban acostumbrados, un camino de desilusión. Pero Luck, en un arranque de optimismo que hacía tiempo no tener, tomó una decisión que, a su parecer, cambiaría el rumbo de sus vidas.

—¡Esta vez no será así! —expresó, confiado— Siempre hay una primera vez para todo. Le pediremos ayuda para buscar a Mary Beth y la encontrará viva, ¡estoy seguro de ello! ¡vamos a buscarle!

McReady mostraba sentimientos que perdió meses atrás: alegría, fe, esperanza... El corazón de Temppórt palpitaba a mil por hora solo al ver a su amigo de esa forma. Se contagió al instante de la emoción que desprendía. Se fundieron en un fuerte abrazo.

Sin embargo, el pequeño jefe recordó un comentario de su contacto en Washington. Lo repitió tantas veces que se había grabado en su mente; no se lo quitó de la cabeza ni un segundo hasta ese instante. Se había dejado llevar por la

emoción esperanzadora y lo apartó de su cabeza por un momento. Inconscientemente, lo murmuró mientras se abrazaban.

—Nunca olvides que los encuentra a todos muertos, a todos.

Luck palideció. Las palabras susurradas distorsionaron su semblante. Los dos se miraban fijamente, sin hablar. No podían ni imaginar a Mary Beth muerta. El abrazo finalizó y volvieron a sus respectivos asientos. No tenían otra salida. No tenían otra opción. Fuera como fuese, tenían que encontrar a Mary Beth, y ese hombre les podía ayudar.

—Ya he hablado con él — informo Roy — . Es un tipo peculiar, ni siquiera me abrió la puerta de su oficina. He tenido que ir hasta Bartlesville, pero ha merecido la pena, está conforme. Solo hace falta llamarle y vendrá sin perder tiempo.

—¿Hasta Bartlesville? —expresó Luck, sorprendido— Nunca sabré cómo agradecerte todo lo que estás haciendo, amigo mío.

—La única recompensa que quiero es encontrar a Mary.

—Lo sé. ¡Está bien! ¡Vamos a llamarle! ¿Cómo se llama?

Tempórt se concentró en su vodka durante unos instantes y le dio un par de sorbos pequeños.

—Ey, Roy. ¿Cómo se llama el investigador?

El pequeño jefe se tomó de un trago lo que quedaba en su copa y, tras un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, contestó con seriedad.

—Su nombre es Ethan Charmaine, pero le llaman... el rastreador de muertos.

CAPÍTULO 2

«Todos muertos, los encuentra a todos muertos. Esta vez será diferente, estoy seguro. Mi niña está viva y daremos con ella. No puede ser de otra forma... mi niña tiene que volver. No Elly, mi cariño, mi amor, no se me está extendiendo una mancha negra en mi interior, todo lo contrario. Una luz cegadora de esperanza brilla con el mayor esplendor y se expande por mis venas, por mis músculos, por mis nervios..., a mi corazón. Tantos meses de desolación y abatimiento, de comerme el tiempo sin saber qué más hacer o devorando carreteras y caminos en su busca; ya apenas me quedaban fuerzas para seguir. Pero cuando el desánimo más duro me golpea aparece mi compañero, mi amigo. Agarrado de una mano trae ilusión y de la otra fe. Gracias, amigo mío, tomaré con ganas lo que me das e iré de nuevo a la calle a buscar a mi Mary Beth. Los encuentra a todos muertos... esta vez será diferente, estoy seguro».

Nueve meses. Ese era el tiempo que llevaba desaparecida Mary Beth McReady. Nueve meses que habían desintegrado con pausa y casi por completo el aliento por vivir de sus seres queridos. Nueve meses en los que la duda era el peor castigo posible. Esos mismos nueve meses, fue también el tiempo que tardó el pequeño Roy Temmpórt en enterarse de la existencia de una persona capaz de darles, aunque sea, algo de esperanza: Ethan Charmaine, el rastreador de muertos. Por supuesto, no dudó ni un segundo en ir en su busca. De hecho, no hubiera tardado ni un segundo en buscar cualquier posibilidad que ayudara a encontrar a Mary Beth.

Todo cambió, o al menos, eso pareció. Ni si quiera conocían al hombre que les ayudaría y, sin embargo, un nuevo arrojó retornó a Luck y Roy. Estaban esperanzados. Nuevas ganas y fuerzas habían aparecido para seguir buscando. Estaban preparados para iniciar una nueva búsqueda; una nueva cruzada. Lo único que faltaba era la persona causante de toda esa nueva tesitura.

Temmpórt advirtió al grandullón de su amigo que ese hombre era un tanto extraño y diferente. Al *¿Por qué?* de McReady, solo pudo responder con un rostro de preocupación.

Luck conocía la cara de nerviosismo e inquietud de su jefe a la perfección. Así que se encogió de hombros y no preguntó nada más. Se alió con la paciencia

y esperó a que se explicara mejor. Algo que no sucedía. Segundo tras segundo, la expectación se acumulaba en su sistema nervioso. ¿Qué hacía tan extraño a ese hombre? ¿Por qué Temmpórt se preocupaba? Luck no pudo soportarlo más.

— De acuerdo, ¿qué pasa con ese Charmaine? ¿Cuándo llega? ¿Cuándo empezamos?

— Muchas preguntas son esas. —Roy se recuperó del pequeño letargo reflexivo. Al mirar la cara de entusiasmo de su amigo, se sintió mal. Tenía que darle más explicaciones—. Llegará en el autobús de la seis de la mañana, aunque parezca raro, ese hombre también tenía ganas de empezar.

— ¡Perfecto! De nuevo, no sé cómo agradecértelo.

— Lo sé, yo estoy tan emocionado como tú. Acabemos la última copa y vayámonos a descansar. Mañana espero que sea un nuevo día en estas vidas que llevamos, tengo fe en ello.

McReady asintió con ganas y levantó la mano para pedir al joven Billy otro par de copas. Brindaron eufóricos, como hacía mucho tiempo no lo hacían; disfrutaban de sus bebidas como nunca. Cada sorbo era un sorbo de optimismo, y cada palabra pronunciada por uno recorría su camino hasta los oídos del otro en un ambiente de felicidad absoluta.

Casi por inercia, esa atmósfera de tranquilidad los empujó a alargar ese momento. Se dieron cuenta de que necesitaban estar allí, en ese mismo instante, el uno con el otro, exaltando la amistad. Les era necesario.

Siguieron más copas.

Del optimismo habían pasado a la despreocupación y, tras un par de horas, la cogorza alcanzada era de una categoría superior. Salieron del local cada uno con su brazo sobre el hombro del otro o, al menos, lo intentaban. La diferencia de tamaño y estatura hacía imposible al pequeño jefe realizar tal cometido. Se conformó con apoyarse en su amigo y agarrarlo por la cintura. Se balanceaban de un lado a otro por las calles vacías de Soggy Town. Excepto el panadero del pueblo, Tim Williams, que era casi la única persona que a esas horas de la madrugada podría estar despierta, nadie los vio. Los dos amigos se rieron durante largo rato de las patrañas que dirían de ellos al día siguiente.

Tim, el panadero, un hombre regordete y casi calvo de unos cincuenta años de edad, era una buena persona y bastante sociable. Él no era el motivo de la *preocupación* de los dos amigos. Las críticas llegarían de la persona a quien, seguramente, se lo contaría: su esposa, Rachel Williams. «Esa mujer está amargada desde que se casó con el panadero, menos mal que no me pescó a mí, ¡ja, ja!», decía Roy cada vez que tenía oportunidad. No le faltaba razón. La

historia de esa mujer era, más que menos, desgraciada.

Rachel era hija de Russell Canouse, una de las personas más ricas de los alrededores y de casi media Florida. Era un empresario cuya fortuna procedía de la venta de piel de caimán; un producto casi perenne del lago Okeechobee. Rachel era hija única y, ni que decir tiene, mimada hasta la saciedad. Lo que nunca esperó fue la contundente reacción de su padre cuando rechazó, a última hora, el matrimonio que tenía acordado desde años atrás con el hijo de su socio.

La decepción golpeó tan fuerte al magnate de las pieles de caimán que su castigo, además de brutal y sin ningún ápice de piedad, fue instantáneo. Ni siquiera la amenaza de divorcio de su mujer Annabelle impidió que la hija mimada y consentida del poderoso Russel Canouse, fuera desheredada y expulsada de la familia de forma tajante.

De estar disfrutando de una vida placida y lujosa proporcionada por su padre entre fiestas y viajes, joyas y vestidos, cochazos y yates, más un sinfín de comodidades diarias que muy pocos humanos en el mundo eran capaces de deleitar, pasó a intentar buscarse la vida de la única forma que sabía: ser mantenida.

Después de varios intentos frustrados, entre ellos el de Roy Temmpórt, solo le quedó... el panadero Tim Williams. Se rumoreó que todos los hombres que la habían rechazado habían sido amenazados o comprados por Canouse. Pero a Roy nunca le llegó una amenaza de ningún tipo, ni le habían dado ningún cheque. Simplemente, la rechazó, y no porque no tuviera buen físico, que lo tenía, sino porque olió los problemas.

En definitiva, el cambio de una vida a otra con tanta y tanta diferencia entre ambas convirtió a Rachel en una mujer de treinta y picos años amargada y aburrida, casada con un panadero regordete — más gordo que regordete — casi veinte años mayor que ella, cuyo único entretenimiento era el de criticar y juzgar la vida de los demás. Una metomentodo *tocapelotas* profesional.

Los dos amigos vivían un momento extraordinario, poco importaba lo que pudiera criticar Rachel William, la mujer del panadero. Así que siguieron con su

retirada a tiempo entre risas, historietas del pasado y felicidad absoluta. Por instantes habían creído que nada pasaba, que nada ocurrió nueve meses atrás, que lo único que hacían era revivir otra de sus noches de borrachera.

Cuando mejor estaban, la realidad volvió a sus vidas al girar una esquina; el portal de la casa de Roy apareció. El silencio brotó entre las risas para silenciarlas. Los dos amigos se soltaron, sacudidos por la gravedad de un peso insostenible.

McReady vivía casi a las afueras del pueblo en una bonita casa con un gran porche, jardín y un huerto abandonado desde que Mary desapareció. Pero su jefe vivía en el centro de Soggy Town, en una vivienda de setenta metros de un segundo piso típica de un soltero a los cincuenta. Justo donde se encontraban en ese momento.

— Bueno, amigo, será mejor que durmamos un poco, este tío llegará a las... — Temmpórt miró su reloj con esfuerzo, arrugando los ojos para forzar la vista — ¡Joder! ¡Legará dentro de tres horas! Mierda, nos hemos pasado — finalizó con un resoplido angustioso.

— ¿Tres horas? — A Luck, sorprendido, le desapareció la cogorza de súbito; el hombre capaz de dar un giro a los acontecimientos llegaría en apenas tres horas — No creo que pueda dormir. Tengo un pellizco en el estómago por culpa de los nervios. Además, no quiero ir a casa. Elly seguro que me desintegraría de un plumazo estas nuevas esperanzas.

Temmpórt observó como su amigo se pasaba sus grandes manos por el pelo hasta finalizar frotándose la cara con fuerza. Supuso que, si su vida había sido un infierno desde el momento que desapareció su hija habiendo perdido casi toda esperanza, la aparición de esa nueva oportunidad sería difícil de asimilar. Más aún, cuando su mujer, su querida compañera de fatigas, lo había abandonado en la búsqueda de lo que más amaban en la vida. De nuevo, no dudó en ofrecerle su ayuda.

— Pues te quedarás en mi casa. Nos tomaremos un par de cafés e iremos a por Charmaine.

Luck asintió con una pequeña sonrisa y ojos vidriosos. Su cara de agradecimiento era verdadera, única.

Roy podía abrir la pesada puerta del bloque desde el telefonillo del piso situado en la pared de la cocina. Era un aparato normal y corriente, antigüillo se

podría decir, pero normal. En cambio, para el pequeño jefe, ese dispositivo suponía un sufrimiento repentino cuando sonaba. Producía un ruido realmente desagradable que le taladraba el cerebro. Verdaderamente le molestaba.

Existía otra cosa que le fastidiaba más que el sonido punzante y cruel expulsado por el telefonillo, y era lo que suponía: visita. No le gustaba ninguna clase de visita, ninguna. Carteros, vendedores, comerciantes, o cualquier persona que tocara su telefonillo, o un animal, o un extraterrestre, o un ente paranormal, o Dios. Todos, absolutamente todos, le molestaban.

Él era feliz en su piso, solo, sin nadie. Lo amable y benevolente que era fuera de su preciada vivienda lo perdía en el momento que escuchaba al telefonillo diabólico. Iría sin problemas a casa de cualquiera, o al Okee a tomar algo, pero eso de ir a su piso era otra cosa.

Luck era consciente de ello, de ahí, la cara de agradecimiento eterno cuando propuso la idea. Se sintió afortunado. «¿Roy Temmpórt invitando a un amigo a su casa? Si hubiera sabido que esto iba a pasar habría tenido el móvil preparado para grabarlo. Oportunidad perdida», pensó McReady.

Ya en el piso, los nervios evitaban que ninguno de los dos descansara. De todas maneras, dormir para el tiempo que quedaba resultaba una tontería, al menos, eso habían pensado. Un buen café cargado ayudaría a mantenerse despiertos.

Durante la primera hora de las tres restantes, conversaron de Mary Beth, de cuando era pequeña, de cuando creció y de cuando desapareció. Propusieron sus distintos sospechosos; ninguno real ni factible, claro.

En la segunda hora, con otro café más cargado aún, la cogorza disminuyó considerablemente. Continuaron con la charla. Se centraron en Soggy Town y en su gente, en la emocionante y agradecida colaboración que habían prestado al principio, y en el odioso e inesperado olvido del final. Les dio tiempo a opinar sobre Elly, de su imprevisto y desagradecido cambio de actitud según Luck, y de su necesidad de comprensión, según Roy.

Y llegó la tercera hora. Una hora que se convirtió, inesperadamente, en un martirio. En esos últimos sesenta minutos, los dos primeros cafés, aparte de despejar a los dos amigos casi por completo, habían provocado unos efectos secundarios fatales: comenzaron un desfile por turnos de idas y venidas al baño para sentarse en el retrete a leer la etiqueta del champú mientras apretaban el vientre.

Habían dejado de lado el tercer café. Tampoco hablaban de nadie ni de nada. Únicamente se dedicaban a ventilar el baño abriendo y cerrando la puerta antes

de entrar. Así pasaron casi por completo la tercera hora. Cagando. Era casi incontrolable. Los dos amigos ni se habían enterado de que los últimos sesenta minutos se habían cumplidos. Estaban sometidos por los apretones constantes producidos por los aciagos cafés. Malditos cafés.

McReady, mientras su compañero evacuaba, sufría incluso más que sentado en el repentino altar del baño. Se sentaba en un pequeño sillón del salón y murmuraba a la nada.

— ¿Acaso el café estaba compuesto por laxante en su estado más puro? Mi vientre apenas responde. Espero que ese enano acabe pronto; esto es una tortura. — La debilidad con la que pronunciaba cada palabra era la prueba de que llevaba una hora expulsando sus energías por el retrete.

— ¡Mierda! — gritó Roy desde el baño mientras hacía sus necesidades.

— ¿Mierda? ¿Realmente has pronunciado la palabra *mierda*? — Luck se incorporó con lentitud, prácticamente extenuado.

— Mierda — repitió el jefe, mientras salía del baño a toda prisa y se abrochaba los pantalones — . Mierda, mierda, mierda, mierda...

— ¡Para, joder! ¿Me puedes explicar qué te pasa? Me estás poniendo malo de nuevo. — Lo peor que le podía pasar a Luck era escuchar la palabra *mierda* una y otra vez.

— ¡Son las seis y cuarto! — informó Roy con la cara desencajada.

Durante unos segundos se hizo un silencio absoluto en el que los dos, con unas caras blanquecinas en las que resaltaban grandes ojeras, se miraban fijamente. De repente, el sonido característico de un diminuto retorcijón, de dueño desconocido, activó sus capacidades mentales.

— ¡Charmaine! — gritaron al unísono.

Se esfumó cualquier diarrea, cogorza o cosa que les afectara.

— Mierda, mierda, mierda ¡vamos a llegar tarde! — vociferaba McReady mientras bajaba los escalones de dos en dos.

La estación de autobuses de Soggy Town era bastante pequeña, pero no tenía nada que ver con su aparcamiento. Podría aparcarse más de cien vehículos en batería en aquella explanada delimitada por rayas blancas y señales de tráfico. Aquel enorme y organizado aparcamiento era así debido al turismo. El Okee Bar atraía a muchísimas personas de todas partes y, además, en los periodos de tiempo con temperaturas más altas, el turismo se multiplicaba por culpa de los

habitantes más famosos del lago Okeechobee: los caimanes. Por eso, había que facilitar la recogida de los forrados turistas por parte de las empresas de viajes.

La camioneta Toyota cuatro por cuatro Turbo de McReady, llegó a aquellos aparcamientos a una velocidad endiablada. Al frenar, la marca de las ruedas quedó grabada en el asfalto a lo largo de varios metros entre una gran nube blanca y olor a goma quemada. Apresurados, fueron a preguntar por el autobús procedente de Orlando.

— Sí, ha llegado hace veinte minutos. Y sí, ha bajado de él un hombre alto y bien trajeado, se fue sin esperar. — Romila, desde la ventanilla de ventas de billetes, dejaba caer sus grandes gafas con estilo de los ochenta a la punta de su nariz puntiaguda y vieja, y mientras respondía, miraba por el hueco que dejaban — . Me pregunto ¿qué habrá traído por aquí a ese hombre?

— Pues pregúntate, pregúntate — respondió Temmpórt con indiferencia a la vez que daba la espalda a la vieja mujer y salía a toda prisa con su compañero de la estación — . Vieja cotilla — finalizó en voz baja.

Diciembre comenzaba y el frío arreciaba fuerte en ese mes. Faltaba media hora para las siete de la mañana; a esa hora las temperaturas descendían considerablemente. La Luna no se había escondido todavía y la oscuridad de la noche era aún dueña de las calles. Los dos amigos, en medio del enorme aparcamiento, miraban de un lado a otro en busca de Charmaine. ¿Dónde podría estar?

Luck comenzó a sentirse mal; la noche había sido larga. «Elly, las copas en el Okee, los jodidos cafés y ahora esto, joder», pensó. Apoyó las manos sobre las rodillas y se dobló como una alcayata. Estaba a punto de vomitar. A decir verdad, lo deseaba. Anhelaba expulsar de su interior todo aquello que le pudría, de aquello que no le dejaba vivir. En ese momento, la mezcla de cafés y copas.

— Tranquilo, amigo, échalo todo — animó Roy — . Yo iré a buscar a este tío... A ver dónde se ha metido.

La respuesta del grandullón fue una pequeña arcada seguida de otras de un ruido indescriptible. Bueno, indescriptible del todo no. Sería un ruido bien parecido al dolor expresado por una ternera de doscientos kilos pariendo gemelos. Para el pequeño jefe fue una señal clarísima para comenzar su nuevo cometido. Además, permanecer allí era correr el mismo destino, con la diferencia de que él no sería una ternera de doscientos kilos, sino uno de los dos becerrillos recién nacidos.

Roy dejó a su amigo en ese momento de gran concentración e inició la búsqueda. Pensó en los sitios más cercanos; no hacía mucho tiempo que

Charmaine se había ido a pie. «El instituto es lo que más cerca está», se dijo.

Con un caminar de sus zancadas más largas, pero sin correr, llegó en apenas diez minutos. El instituto se componía de un edificio alargado de dos plantas enfrente a otro de igual estructura. Estaban separados por un cuidado jardín y una vía pavimentada escoltada a los lados por farolas altas, que servía a los alumnos para trasladarse en bicicleta. Temppórt se secó el sudor frío de su frente cuando llegó. No vio a nadie. «Voy a cruzar el jardín, a ver si está por allí».

Acertó.

Charmaine estaba bajo la luz de una farola entre diminutos campos de neblina. El pequeño jefe se aproximó a él con lentitud; el investigador apenas se inmutó con su llegada. Estaba inmóvil, erguido... concentrado. Miraba fijamente a la Luna. Era un hombre alto y delgado, bien vestido; su traje, azul oscuro, podría valer más de mil dólares. En cambio, sus deportivas Nike de color blancas destacaban en ese estilo elegante que le proporcionaba el resto de la ropa.

— Buenos días, señor Temppórt. — Charmaine se pronunció sin inmutarse. Su voz era tranquila y firme a partes iguales. Pronunciaba a la perfección cada palabra, cada sílaba y cada letra.

— Buenos días, señor Charmaine. Espero que nos perdone por llegar tarde, no era nuestra intención. — Roy gesticulaba, nervioso — . Verá, esta noche ha sido una noche larga, muy larga. Sí, verá. Mi amigo Luck, el padre de Mary Beth, esto — pensaba —... él, ha tenido que — pensó más — ... verá usted, si el problema ha sido — no se le ocurrió nada.

— Tranquilo, señor Temppórt — interrumpió Charmaine —, olfateo desde aquí el problema — finalizó con un par de fuertes inspiraciones.

Roy palideció más de lo que estaba. Su aliento era una pista fehaciente de la noche de juerga. Estaba avergonzado; no sabía que decir.

— Lo siento de verdad. — Roy se sinceró — . Nos emocionamos con su llegada y una cosa llevó a la otra. No miento si le digo que ha sido una noche muy muy larga.

— Yo tampoco miento al decirle que se tranquilice. Además, estos primeros acontecimientos han servido para darme cuenta de una cosa. — Charmaine seguía con su mirada fija en la Luna — . Y es que he hecho bien en venir. Así es, se me necesita aquí.

Roy estaba extrañado. ¿A qué se refería? ¿Acaso no era Mary Beth lo único que lo había llevado hasta Soggy Town? El día anterior, cuando le localizó en su

pequeña oficina de Bartlesville, no pareció tan enigmático. A lo mejor un poco raro, pero nunca pensó en esa actitud. De hecho, tenía la esperanza de que las advertencias de su contacto no fueran tan exageradas. Pero detrás de ese *se me necesita aquí*, el temor recorrió su columna vertebral a modo de escalofrío.

— ¿Qué es lo que ves allí? — El investigador dejó de observar el cielo y dirigió su mirada al pequeño jefe.

A Temmpórt le fue imposible reaccionar ante la cara casi cuadrada de aquel hombre. Sus ojos rasgados se escondían detrás de unas gafas redondas cuyos cristales eran como los culos de las botellas de leche. Su nariz grande y chata no hacía ningún beneficio a su belleza, y sus labios finos y estrechos creaban una alargada y fina línea cuando estaba cerrada. A todos esos atributos físicos se adjuntaba su corta cabellera canosa, con múltiples y diminutas calvicies. Quedaba claro que esa cara no era poseedora de apenas hermosura, pero imponía, y mucho. A lo mejor por el enigma que rodeaba por completo al personaje que tenía en frente.

Charmaine seguía con la mirada clavada en Roy, pero el dedo de su mano alzada señaló a la Luna. La angustia creció en el interior del pequeño jefe.

— ¿La Luna? — respondió con otra pregunta. Aunque era lo que señalaba y estaba seguro de lo que veía, la indecisión se notó en la pronunciación de Roy— ¿Las estrellas? — Otra pregunta, más dudas, más incertidumbre — ¿La noche? — Otra pregunta, más nervios, más angustia, más de todo — No lo sé, lo siento. — Desistió cabizbajo, derrotado.

Charmaine bajó su brazo y miró otra vez al cielo.

— Yo veo algo más entre todo eso, señor Temmpórt. Veo la Luna que usted ve, y las mismas estrellas, y la oscura noche. Pero, además, veo un tiburón. Un enorme tiburón azul con sus afilados dientes. Tiene hambre, mucha hambre. Nada en la noche junto a las estrellas y gira alrededor de la Luna; está buscando comida. Pero ahora estoy yo aquí, he llegado para que no coma más.

Sí, dijo todo eso. Y lo dijo de la forma más misteriosa jamás escuchada; la expresión de Roy así lo mostraba. Sin saber que decir, buscó al tiburón hambriento. Por supuesto, no vio nada.

— ¿Qué dice este tío de un tiburón hambriento que busca comida? ¿Qué comida? ¿Qué tiene que ver eso con Mary Beth? Roy, ¿puedes explicármelo?

Todas las preguntas procedían de McReady que, tras vomitar todo el veneno, siguió el camino de su pequeño compañero. Llegó en el momento justo de la *explicación* de Charmaine. Roy, con la cara desencajada, observó a su amigo.

— Ya te dije que era un tipo extraño. — El rostro de Temmpórt cambió.

Mostraba preocupación a raudales. Y Luck, conocía esa cara a la perfección.

CAPÍTULO 3

«Decidido. Mandaré a tomar por culo a este tío y seguiré buscando por mi cuenta. Cada vez que le miro creo que estoy soñando. ¿Cómo nos ayudará este hombre a encontrar a mi Mary Beth? Nunca entenderé cómo Roy se dejó engañar por este personaje. Con lo ilusionado que estaba. Tendré que empezar desde el principio, pero ¿por dónde? ¡Joder, no lo sé! ¡Por qué! ¡Por qué! ¡Por qué! ¿Es que nadie va ayudarme? ¿Es que todo tiene que salirme mal? Es injusto que los demás puedan disfrutar de sus hijos y yo no. ¿Cómo te has dejado engañar, Roy?».

Un tono, otro tono, otro y otro. La llamada se cortaba. Marcaba otra vez el número y al verde. Un tono, otro tono, otro y otro. Nada. No lo cogía. «Vaya mierda, voy a llamarle otra vez». Misma operación. Mismo número, mismo botón verde y mismos tonos.

—— ¡Me cago en todo! —— desesperó Roy —— ¿Dónde carajo está? ¿Por qué no me coge el teléfono?

—— Habla más bajo, que te va a oír —— susurró Luck —— , y por el amor de Dios, ¿puedes dejar de pronunciar cualquier cosa relacionada con mierda o cagar?

El piso de Temmpórt estaba hecho de ladrillos y cemento, estaba pintado y amueblado. Materiales sin vida, sin conciencia y sin sentimientos. Pero si ese piso hubiese tenido algo de razón, con total seguridad, que la sorpresa y el asombro se apoderarían de él al ver la cantidad de personas en su interior: ¡tres!

Los dos amigos cuchicheaban en la cocina sobre la rareza del investigador, que se tomaba un té en el salón. El pequeño jefe llamaba una y otra vez a su contacto en Washington. Estaba enfadado, asustado... estaba hasta los cojones.

Charmaine estaba mal de la cabeza. ¿Cómo no lo notó cuando habló con él en su oficina? Recordó que habló con él a través de la puerta; no le dejó pasar. En ese momento no le dio la más mínima importancia. ¿Qué importancia le iba a dar si aceptó a prestar su ayuda sin nada a cambio? ¿Acaso importaba? «Pues sí, gilipollas, si importaba», se dijo. ¿Un tiburón que tiene hambre? No se podía consentir. La desaparición de Mary Beth era demasiada importante como para soportar chaladuras de un loco.

—— Perdona, pero tengo que hablar con la persona que me recomendó a Charmaine —— susurró Roy. Asomaba ligeramente la cabeza por la puerta de la cocina y observaba al investigador con el rabillo del ojo —— . Lo siento,

amigo mío. No sabía que este tío estaba chalado.

— Vale, vale, no pasa nada. Pero, ¿qué hacemos ahora? — dijo Luck, indignado. Tenía un enfado monumental, pero no podía culpar a su jefe; lo hizo con la mejor intención. Se consolaba repitiéndoselo en la cabeza.

— Buscar a su hija, señor McReady. Eso es lo que vamos a hacer — respondió Charmaine desde el salón sin apartar un ápice su concentración en el té —. No crean que tengo super desarrollado el oído o algo por el estilo, caballeros — continuó el investigador —. Lo que pasa es que, por muy bajo que lo intenten, si hablan a apenas dos metros de mí, lo más normal — dio un pequeño sorbo a su taza — es que los oiga.

La cara de tontos que adoptaron el jefe y su empleado fue para fotografiarla y enmarcarla. Luck sacudió la cabeza y se acercó a Charmaine con dos grandes zancadas.

— A ver... majareta. — Le inquirió alterado —. Déjate de disparates con nosotros y muestra un poco de respeto. Estos meses han sido un infierno. Lo único que nos faltaba es alguien como tú empeorando las cosas.

— Entiendo. — Charmaine ni se inmutó —. Señor Temmpórt, tome. — De su chaqueta sacó un teléfono móvil —. Si deja pulsado el número cuatro, automáticamente llamará a la persona con la que quiere hablar.

Roy arrugó las cejas y, sorprendido, cogió el teléfono de un manotazo. Pulsó el cuatro y un tono, dos tonos, tres tonos...

— ¿Charmaine? ¿Ocurre algo?

Era él, el contacto de Washington. El asqueroso no le cogía el teléfono aposta. «Maldita sea su estampa», pensó Roy.

— ¿Te pasa algo Charmaine? ¿Por qué no hablas? — insistió la voz desde el otro lado de la línea.

— No soy Charmaine, soy Roy Temmpórt. — Se expresó, decidido.

— Temmpórt, ejem, esto... ¿Roy? No entiendo nada. ¿Se puede saber qué haces con el teléfono de Ethan?

— Pues ha sido él mismo el que me lo ha prestado. — Roy se expresó más agresivo —. ¿Se puede saber por qué no me cogías el teléfono? Te he llamado mil veces. Tienes que explicarme un par de cosillas, ¿no crees? — Durante unos segundos solo escuchaba la respiración al otro lado — ¿Me estas oyendo? ¡Joder! — exasperó finalmente.

— Te oigo Roy, tranquilízate — dijo el contacto de Washington, relajado. Se dio cuenta de que no existía escapatoria alguna —. Supongo que todo este numerito es por culpa de Charmaine, ¿me equivoco?

— No, no te equivocas — respondió Roy. Algo ocultaba su contacto, algo que no le dijo en un principio. Lo notó.

— De acuerdo — suspiró. O más bien, fue algo parecido a: «mierda, se lo voy a tener que contar» — . Siento mucho no haberte comunicado esto, pero si lo hubiera hecho, seguramente, no le habrías buscado. Y te juro por lo más sagrado que también deseo saber que le ha pasado a esa pobre chiquilla. Verás, no sé cómo decirlo, Charmaine... — Breve silencio — ... ve cosas.

— ¿Cosas? ¿Qué cosas? ¿Te estás quedando conmigo? — Roy se impacientaba, extrañado. Dudaba de todo. ¿Un agente del F.B.I. hablando de... cosas? No lo podía creer.

— Calla y no me interrumpas — ordenó la voz telefónica de forma tajante — . Verás, él...

Roy cumplió la orden a rajatabla. Calló y escuchó. Se encerró en su cuarto ante la mirada patidifusa de Luck, que, anonadado, se sentó en silencio en el pequeño sillón que ratos antes fue testigo de su sufrimiento estomacal. Y esperó en silencio con Charmaine, *el flipado*. Se miraban, pero no hablaban. Y esperó.

El tiempo pasaba. Roy llevaba más de media hora encerrado; su voz inteligible se escuchaba a través de la puerta. La impaciencia de Luck le produjo un tic nervioso en la pierna; levantaba una y otra vez su rodilla a gran velocidad. Charmaine rompía su inmovilidad de vez en cuando para examinar la casa con rápidas ojeadas. Ninguno se esforzaba en hablar. El silencio era tenso, pero no les importó.

Al fin, Temmpórt salió de la habitación. Se sentó junto a ellos. Aunque su cuerpo parecía más relajado, su rostro aparentaba otra cosa. Se pasó la mano por la frente. Luck, como siempre, reparó en esa cara tan particular: la cara de preocupación de Roy Temmpórt.

— Dilo y punto — dijo el grandullón. Habló sin tenerlas todas consigo, lo que iba a escuchar no le gustaría.

Roy miraba al suelo. Se sacudió unas motas de polvo imaginarias de una de las mangas de su jersey.

— Ve cosas, Luck. Cosas que los demás no vemos. — Y ya está. Lo soltó sin darse cuenta de la bomba que era esa información.

McReady alucinó. Se acomodó en silencio en el pequeño sillón. Comenzó a negar con la cabeza con lentitud. Y después, se rio. Primero dibujo una ligera

sonrisa con la comisura de la boca. Segundo, soltó una casi insonora risa sarcástica. Y tercero, rio inconsolablemente. Carcajadas y carcajadas. A veces, incluso se esforzó en reír.

Charmaine y Roy lo observaban sin decir nada mientras se desgañitaba. Cuando se detuvo, quedó exhausto. En ese instante, se le pasó por la cabeza que las dos veces que había estado sentado en ese sillón había terminado agotado.

— ¿Ya has acabado compañero? — preguntó Roy, con seriedad. Sin duda, no contó ninguna broma. Luck asintió ligeramente — Bien, pues como iba diciendo, Charmaine ve cosas. Es una especie de... ¿espiritista? — finalizó mirando al investigador.

— Médium ocultista. — Corrigió Charmaine.

— Total, eso. Médium ocultista.

El rostro de escepticismo de Luck lo dijo todo. El pequeño jefe continuó.

— Antes de que digas nada, te lo voy a explicar. — Luck ni se inmutó — . Verás, mi contacto en el F.B.I. se llama Aarón Lewis. Es de los mejores criminalistas, de los mejores en su campo; un tipo serio. Con esto te quiero decir que todo lo que me ha dicho, es cierto. — Un ligero y rápido movimiento de cabeza de McReady fue la pregunta no pronunciada «¿Y...?» — . Charmaine ha resuelto más de treinta casos. Muchos de ellos cerrados hace años y otros en los que se daban ya por vencidos.

— Treinta y siete para ser exactos — interrumpió el investigador.

— De acuerdo, treinta y siete. — A Roy le incomodó la interrupción — . ¿Puedo continuar? — preguntó a Charmaine, visiblemente molesto; este asintió y dio un pequeño sorbo al té — Pues, algunos eran prácticamente imposible resorberlos. A no sea que tuviese algo que ver con ellos o... tuviese facultades especiales.

— ¿Y quién dice que no tuvo nada que ver con los casos? ¿Quién lo dice? — Luck, más que preguntar, afirmaba.

— Lo dijo Laura Arenas — respondió Charmaine.

Luck se sostuvo la cabeza con las manos. Adoptó una postura seria; no quedaba ni rastro de las carcajadas de instantes antes. Quién lo conocía era consciente de que estaba molesto, que la situación le incomodaba incluso más que las diarreas. No le gustaba lo que había escuchado hasta ese momento. Lo peor de todo es que había llegado a un punto demasiado inexplicable para él.

— ¿Laura Arenas? — preguntó con ojos desorbitados, confundido. Intercaló un insignificante periodo de tiempo entre nombre y apellido. Después, se frotó la frente con una mano; la incredulidad rodeaba completamente a la cuestión.

— Así es... Laura Arenas. — Intervino Temmpórt — . Era una chica de Chicago. Desapareció hace diez años. No dieron con ella hasta que llegó Charmaine. — McReady, al fin, escuchaba con interés — . Laura estuvo desaparecida trece meses. Ethan ofreció sus servicios. Cuando vieron que las primeras pistas que proporcionó coincidían con las del equipo de investigación del F.B.I.; indagaron en su pasado. Charmaine estuvo tres años en Londres estudiando parapsicología, lo pudo demostrar fácilmente. Era imposible que tuviera nada que ver con la desaparición de Laura. Sin embargo, allí estaba. Descubrió indicio tras indicio, pista tras pista; muchas de ellas desconocidas hasta que él llegó. Después de dos semanas, la encontró.

— ¿La encontró? — preguntó Luck, sorprendido. Incluso dio un respingón en el sillón.

— Amigo mío, encontré... su cuerpo —finalizó Roy, apenado.

Los compañeros sustituyeron el nombre de Laura por el de Mary Beth. Sus miradas se cruzaban, vidriosas y brillantes, con lágrimas a punto de nacer. A los dos le pasó lo mismo. Las energías se habían esfumado de un sablazo al escuchar *su cuerpo*.

No en vano, Luck parecía algo más convencido sobre Charmaine. El investigador notó el caos mental que azotaba a la peculiar pareja de compañeros. Tomó la palabra sin dudar.

— Señor McReady, si me lo permite, contaré la historia de Laura Arenas. — Luck aceptó a regañadientes. Lo último que necesitaba era la desgraciada historia de esa niña —. De acuerdo, comenzaré por la charla que tuve con el padre de Laura. Fue breve, pero efectiva. Decidí comenzar por ahí para ver la casa donde vivía. — Charmaine hablaba con una tranquilidad peculiar que lo rodeaba en un misterio constante. Luck y Roy escuchaban expectantes —. Y allí vi algo. — La curiosidad creció en los dos amigos — . Vi sangre... sangre en las paredes. Mientras el padre lloraba y decía palabras desesperadas, yo observé como borbotones de sangre brotaban por todas partes. Caía al suelo de la casa y, poco a poco, fue llenándola como una piscina. Yo me quedé paralizado. Si les digo la verdad, estaba aterrorizado. Mi rostro lo mostraba, se lo aseguro. Recuerdo en medio de la visión como Lewis, que siempre me acompañó, me preguntó si me encontraba bien. No respondí, más que nada, porque la sangre ya nos llegaba por las rodillas. Tras unos segundos por la cintura, ahí deje de oír; no escuchaba nada. Solo veía al padre de Laura gesticular, y a Lewis a su lado.

» La sangre subía sin parar. Llegó hasta el pecho, y luego, hasta el cuello. Y

ahí se detuvo. Sin embargo, el padre se sumergió, fue como si algo tirara de él. Metí la cabeza en la sangre para ver qué pasaba. Nada agarraba a ese hombre, pero se hundía. Bajaba y bajaba hacía un fondo sin fin, y luchaba con todas sus fuerzas por salir a la superficie. Saqué la cabeza y todo volvió a la normalidad. La sangre desapareció y el sonido volvió. Lewis me miraba extrañado y el padre seguía hablando. — Hizo una pequeña pausa y pidió un vaso de agua. Roy lo trajo con premura, ansioso por escuchar el resto de la historia. A Charmaine le afectaba la historia. Bebió un sorbo y continuó —. Como iba diciendo, ejem, la sangre desapareció y todo volvió a la normalidad.

» Pedí permiso para inspeccionar el cuarto de Laura. El padre estaba en desacuerdo, pero la madre, una mujer a la que la desaparición de su hija la tenía destrozada en su totalidad, aceptó.

» Era una habitación normal, típica de una chica en la adolescencia. Varios posters de sus ídolos en las paredes, un pequeño estudio con los libros del instituto y la cama. Recuerdo que hice una pregunta a Lewis. — Hizo otra pausa, como preparándose para lo que estaba a punto de contar —. « ¿Qué ves sobre la cama, Aaron?», le pregunté. «Nada, solo las sábanas y la colcha», me contestó. De nuevo... yo veía más cosas. — McReady y Temmpórt estaban absolutamente ensimismados. Las palabras del investigador se integraban en lo más profundo de sus mentes — . Vi la ropa interior de la niña en lo alto de la cama. Sus braguitas y sus sujetadores por todas partes. «¿Solo las sábanas y la colcha?», insistí. Lewis asintió. Y después, me acerqué; lo toqué todo. La ropa interior, que era tan real, y las sábanas y el colchón. Me sorprendió que todo estaba mojado, mejor dicho, empapado. Pero lo peor fue ver como la cama comenzó a moverse. Ojeé a los demás; los padres y Lewis me miraban extrañados. Pero lo veía. La cama se movía como si alguien estuviera saltando sobre ella. Los muelles del colchón chirriaban con fuerza. De no ser por Lewis que me sujetó, casi me derrumbo por el miedo. Me sacó de aquel sitio. Ya en el coche me interrogó. «¿Qué has visto?», fue la primera pregunta que me hizo. — Sacudió ligeramente la cabeza a modo de negación y dibujó una pequeña sonrisa —. No sabía ni por dónde empezar. Se lo conté todo. Su respuesta, sin duda alguna, me sorprendió. — Bebió otro sorbo de agua, Luck y Roy se incorporaban poco a poco de sus asientos, impacientes por saber más —. « Hijo de puta. Ha sido ese hijo de puta». Lewis se refirió Pablo Arenas, el padre de Laura. Lo conectó todo a su modo y el resultado fue: ese hijo de puta.

» Durante los siguientes días estuvimos siguiendo al padre a todos lados. Seguí viendo cosas, pero sin sentido. Vi una gasolinera, vi cerdos, vi a jóvenes

en una disco bailando... No podía conexionar nada. Creí que me volvía loco. Hasta que, pasados unos días, por fin vi algo que sí ayudó. El padre de la niña se preparaba para ir de pesca. Cuando metió los aparejos en su furgoneta, el vehículo botaba una y otra vez. Me acerqué mientras entró en la casa a buscar alguna cosa, y... — Sorbo de agua — ... un cuerpo envuelto completamente en plástico negro se movía dentro de la furgoneta, como un pescado cuando lo sacas del agua. Brincaba de un lado a otro, como si se quedara sin respiración. Después volví al coche donde me esperaba Lewis y, tras la regañina por la escapada, se lo conté. Me tranquilizó al verme asustado y me dijo «estamos más cerca».

» Lo seguimos. Fue a un estanque a solo un par de kilómetros de la casa. Aparcó en un pequeño muelle de madera, allí, después de un rato preparando los aparejos, lanzó el cebo. Pasó un buen rato hasta que la caña se dobló. Una pieza grande había picado. Recogió tanza. Recogió y recogió hasta que el pez, en su lucha por liberarse, saltó por la superficie. — Se aclaró la garganta —. Pero no era ningún pescado: era el cuerpo de la furgoneta. Estaba envuelto en el mismo plástico y se movía como un pez y saltaba como tal, y luchaba por liberarse. No, no era ningún pescado. Lo comprendí todo. «Esta dentro del estanque, Aarón», dije. —McReady tembló como si le hubieran echado un cubo de agua casi congelada por encima—. No sé cómo, pero el desgraciado me escuchó. Al instante, y como un rayo, cortó la tanza, recogió todo y se marchó. «Déjalo», ordenó Lewis.

» A las pocas horas, en aquel estanque había cientos de policías. Tras otras pocas horas... los buzos la encontraron. Al menos, lo que los cangrejos habían dejado de la pobre chiquilla. Estaba envuelta en un plástico prácticamente destrozado. La autopsia reveló lo que pudo. Estaba tan destrozada que apenas se podían sacar conclusiones. Lo que sí quedó claro la peor de las noticias después de conocer su muerte: fue violada. Tenía cortes profundos por todas partes y coagulaciones de sangre debido a fuertes golpes. No se estableció como murió, porque lo pudo haber hecho de muchas formas.

Charmaine finalizó la historia con último sorbo al vaso de agua. Se quedó en silencio, pensativo. Los dos amigos lo observaban apenados.

— ¿Y el padre? ¿Lo cogieron? — interrogó McReady con un ataque de nerviosismo inesperado.

— No. Desapareció. De hecho, lleva en busca y captura desde entonces. Se lo ha tragado la tierra.

— ¿Fue él? — Turno de Roy.

—— Pues, a decir verdad, la putrefacción del cuerpo de la niña por el tiempo en el agua evitó sonsacar conclusiones sobre su asesino. Pero la huida del padre fue más que sospechosa. Así que eso se cree, que fue él.

«¿Charmaine es capaz de ver todas esas cosas? Si así fuera, me ayudaría a encontrar a mi niña», pensó Luck en un empujón de optimismo. Asimismo, recapitó en los trece meses que habían tardado en dar con Laura; Mary Beth llevaba ya desaparecida nueve.

—— Se lo que piensa, señor McReady —— comunicó el investigador al ver al grandullón pensativo —— . Pero el éxito no reside en encontrarla viva, sino en encontrarla. Al menos, la duda y la incertidumbre desaparecerían. —— Luck sintió como esas palabras lo desgarraban por dentro. La frialdad con la que hablaba por poco lo sacan de quicio ——. Déjeme hacerle una pregunta, señor McReady. ¿Sí pudiera comprar la verdad, la compraría?

—— Daría todo lo que tengo por ella —— respondió al instante, seguro. Se miraba sus grandes manos, como deseando tener esa verdad entre ellas.

—— Pues yo... se la regalaré. —— Charmaine se levantó y extendió su mano.

—— Por donde empezamos. —— Luck también se incorporó y estrechó la mano del investigador. Roy hizo lo mismo y puso las suyas sobre la de los dos hombres. El equipo quedó formado.

—— A ver, el tiburón tenía hambre ¿no? ¿Dónde se puede comer bien?

—— En el Okee Bar, por su puesto —— respondió Temmpórt.

—— Pues vamos al Okee Bar —— ordenó Charmaine.

CAPÍTULO 4

«Tengo la necesidad de creer a este hombre. A lo mejor es un embustero, no me creo ni una pizca el caso de esa chica, tengo que tranquilizarme. Pero ¿y si no es un farsante? Roy cree ciegamente en él, está más seguro que nunca; la conversación con Lewis lo ha convencido por completo. Esto parece un mal sueño, una pesadilla. Todos estos días me he levantado de la cama con el deber y la obligación de buscar a mi Mary Beth. Si hay algo seguro, es que nunca perderé la esperanza. Y es difícil, muy difícil. Muchas veces me siento como un equilibrista que atraviesa un precipicio sobre un alambre con un saco maloliente lleno de mierda a mi espalda, o como si cargara enormes fardos de inmundicia y excrementos. Mientras me concentro en cruzar el abismo sin caerme, unos monos alborotadores se columpian en la cuerda para que me caiga y unos payasos vociferantes me gritan e insultan desde el otro lado. Todo para que me desconcentre y caiga al fondo oscuro. Todo para que deje de buscar. Pues eso no pasará. Tengo un trato con Charmaine: me va a regalar la verdad. Yo lo he aceptado, y un trato es un trato».

El apetito que arrastraban los tres compañeros era voraz. Cada uno se pidió uno de los sabrosos entrecots de ternera del Okee Bar, acompañado de un buen puré de patatas, una ensalada mixta y agua mineral en abundancia.

Comían en silencio, concentrados en el almuerzo. Luck y Roy se miraban de vez en cuando con rapidez. Luego miraban a Charmaine. Luego al filete. Luego a Charmaine y luego entre ellos otra vez. Así, hasta que los platos habían quedado vacíos y las panzas bien llenas.

Estaban acomodados en una mesa pequeña y redonda dentro del local. Había, por lo menos, treinta mesas iguales todas ocupadas. El Okee era un local bastante grande. La sala donde se situaban las mesas era enorme, con una barra de bar de forma circular en medio del salón. La luz siempre permanecía tenue y una suave música relajante sonaba, lo justo, como para que los comensales hablaran entre ellos sin que fueran escuchados por los ocupantes de otras mesas.

Las paredes estaban adornadas con cientos de fotografías: pescadores de caimanes presumían con sus presas, clientes disfrutando de las apetitosas comidas y fiestas, o el mismísimo Elliot Payne estrechando la mano a las personas más importantes de lugar, incluso un retrato degustando uno de sus exquisitos platos con Temmpórt y McReady a cada lado.

Charmaine ojeaba los murales de fotos. Las estudiaba una a una.

Escudriñaba en el significado de cada imagen. Su cabeza se movía como si estuviera en un partido de tenis. Así, hasta que se detuvo en seco. Clavó su mirada en un retrato que estaba justo al lado del de Payne, Temmpórt y McReady. Sus ojos habían adoptado un blanco absoluto, y una expresión difícil de definir entre el miedo y la fascinación se implantó en su rostro. Su mente se perdió en una estampa enmarcada en la que el famoso chef estrechaba la mano al rico empresario Russel Canouse.

Luck y Roy se asustaron al verlo. ¿Qué le pasaba? Nunca habían visto nada igual.

—¿Tiene una de sus visiones? —preguntó Luck, asombrado.

—No tengo ni puñetera idea —respondió Roy, no menos asombrado.

—Ajam, vale, de acuerdo... ¿y ahora que hacemos?

—No tengo ni puñetera idea.

Ninguno de los dos apartaba la vista de Charmaine, que seguía con su línea visual fijada en la fotografía. Los dos amigos pasaron del asombro a un nerviosismo acojonado en el mismo momento que la respiración del investigador se convirtió en unas cortas y rápidas inspiraciones. La capacidad de reacción fue nula, ¿qué podían hacer? Nunca antes habían estado en presencia de un médium ocultista, y mucho menos, de un médium ocultista que tenía una visión.

Las manos de Charmaine temblaban por culpa de unos tics histéricos; sus dedos producían un continuo desfile de golpecitos al contactar con la mesa. «Esto es una pamplina. No me puedo permitir perder más tiempo», se dijo Luck. Dio un potente codazo a Roy para llamar su atención y, después, señaló al médium con un fugaz movimiento de barbilla. Para el grandullón fue apenas una caricia, pero para el pequeño jefe fue un meteorito venido de la galaxia más lejana que se estrelló en su brazo. Sabía lo que quería decir: estoy acojonado, pregunta tú.

McReady insistió con un par de señales más con la cabeza. Como no, Roy aceptó la *invitación*. Lo último que quería era otro choque de aquel martillo compuesto por músculos y huesos.

—¿Estás viendo algo? —preguntó Roy, dolorido. Se frotaba el brazo.

No obtuvo respuesta alguna. El pequeño jefe giró la cabeza hacia su compañero y se encogió de hombros. Este abrió los ojos al máximo y repitió el gesto con el mentón. Roy le entendió a la perfección: insiste. Un calambre en el brazo maltrecho lo ayudó a no llevarle la contraria.

Insistiría, sí, insistiría.

Se preparó para otra pregunta. Normal que su amigo estuviera acojonado; el

estado de Charmaine daba miedo. Justo antes de pronunciar cualquier palabra, el médium se pronunció.

—Es de noche —susurró—. Hay Luna llena, una enorme Luna llena. Y tengo delante a un lobo gigantesco. Está aullando... está llamando al resto de los lobos. Es el que manda, el líder de la manada.

Sus ojos volvieron a la normalidad y los tics nerviosos desaparecieron. Los rostros de los dos amigos eran un absoluto asombro mezclado con kilos y kilos de terror. Estaban paralizados.

—¿Ha dicho un... lobo? —preguntó McReady a nadie en particular, con absoluta incredulidad.

—Creo que sí —respondió Temmpórt de la misma forma.

—¿Ha dicho... luna llena?

—Sí, eso ha dicho.

—¿Ha dicho manada y líder de manada?

—Sí, eso me ha parecido escuchar.

—Roy, este tío será lo que tú quieras... pero está como una chota. —Muchas sensaciones se mezclaban en Luck al mismo tiempo: escepticismo, sorpresa, miedo .

—Estoy de acuerdo —apoyó el pequeño jefe—. Además, ¿tiene que poner esa cara cada vez que le pasa? Porque me tiene acojonado.

—A mí también —reconoció con esfuerzo el grandullón.

—Señores —interrumpió Charmaine. Volvió a la normalidad; los dos amigos dieron un pequeño brinco en sus sillas—, ¿se dan cuenta de que están hablando de mí conmigo presente? ¿Acaso van a coger como costumbre ese particular hecho?

Los dos amigos carraspeaban, se acomodaban en sus, de repente, sillas incómodas, se pasaban las manos por los cabellos a modo de peine, gesticulaban gestos incoherentes e intentaron disculparse. No lo consiguieron. Miraron hacia abajo sin pronunciar palabra alguna, avergonzados.

—Tranquilos, señores —animó, Charmaine—. Vuestra actitud es totalmente comprensible. Me refiero al miedo que ocasiona verme en el estado de transición —los dos compañeros habían recuperado el interés y se olvidaron de su descortesía—. Hacía mucho tiempo que no tenía dos visiones tan seguidas.

—¿Eso que quiere decir? —preguntó Luck, intrigado.

—Eso quiere decir que hay mucho mal por aquí. —Roy respondió por el médium. Su semblante cambió, mostraba una preocupación diferente. Unió sus manos y entrelazó sus dedos. Pensaba. Era como si estuviera encajando las

piezas de un rompecabezas—. Señor Charmaine, usted ha dicho un líder de la manada... —El investigador asintió—, y que está llamando a sus lobos, al resto de la manada. —El investigador asintió de nuevo.

—¿Adónde quieres llegar? —interrumpió, McReady.

—Quiero decir que, si las visiones del señor Charmaine son ciertas, creo que a tu hija no se la llevó un hombre solo, sino una organización. — Los ojos de Luck se salían de su sitio al escuchar a su jefe. Charmaine estaba de acuerdo—. Sí, amigo mío. Y también creo que el jefe de la organización es uno de los que está en esa fotografía. —Señaló con cuidado a la foto de Elliot Payne y Russel Canouse—. Así es. Creo que uno de esos dos gordos asquerosos es el líder. —El adjetivo de *gordos* era porque la obesidad era evidente en el cocinero y el magnate, el de *asquerosos*, bueno, ese lo añadió porque le dio la gana—. Solo de pensar que se han llevado a Mary Beth me pongo malo.

—Estoy de acuerdo con usted —afirmó, Charmaine—. Pero me gustaría agregar algo más. Ha relacionado bastante bien la visión con la realidad, señor Temmpórt, estoy realmente sorprendido. No obstante, tiene que recordar que esta mañana tuve otra.

—Cierto —admitió el pequeño jefe—. Entonces, ¿qué hay que hacer?

—Lo que usted ha hecho, pero relacionando el significado de las dos visiones —aclaró el investigador de forma tajante—. Hemos sacado una conclusión, y es que hay una organización dirigida por una de esas personas de la fotografía. Y en la visión de esta mañana vi a un tiburón hambriento que buscaba comida. Creo que eso quiere decir que...

—Que no va a parar, quieren a otra. —Luck, hasta ahora apartado de la conversación, finalizó la frase de Charmaine. Parecía muy seguro de lo que decía. Estaba absorto en la imagen de Payne y Canouse—. ¿Uno de esos dos cabronazos tiene a mi niñita?

Roy y Charmaine petrificaron. Habían hablado sin el más mínimo reparo, con poco tacto. El estado de McReady preocupó al pequeño jefe. Por primera vez desde que desapareció Mary Beth, había encontrado pistas claras sobre su desaparición. Le daba igual que Charmaine estuviera loco o no. En ese momento le creía, y lo hacía con todo su ser.

Había que explicarle lo antes posible la complejidad del caso. ¿Se podría acusar a alguien por las visiones de un médium? Pues no. Pero para Luck eran tan ciertas como el entrecot de ternera que se comió un rato antes. De hecho, expresaba las mismas ganas de trinchar con el tenedor y el cuchillo a los dos del retrato que al filete. Deseaba tenerles delante para despedazarlos trocito a trocito

hasta que dijeran el paradero de su hija.

Cada segundo que pasaba, Luck se convertía en un problema, un grave problema. Nadie sería capaz de detener a una mole de músculos como Luck McReady si se le metiera, entre ceja y ceja, buscar a uno de los protagonistas de la fotografía. Solo habría una forma: matarlo. Temmpórt estaba seguro de eso, nada lo detendría. Debía escoger las palabras exactas. ¿Cómo le podría explicar que, por ahora, no hiciera caso a las únicas señales para encontrar a su hija desaparecida?

El pequeño jefe sentía como si en la mano sostuviese unas tenazas para cortar unos de los tres cables de una bomba a punto de estallar: el rojo, el amarillo o el azul. Uno de los tres la desactivaría, pero los otros dos... ¡BOOM!

El tiempo pasaba y McReady hundía más y más su mirada en el cuadro. «Payne o Canouse, Canouse o Payne. ¿Qué más da?», caviló. «Si rajara a cualquiera de los dos, seguro que hablarían», siguió pensando. «Lo más probable es que se echaran la culpa el uno al otro, mancha de cobardes», siguió diciéndose. «Y si pinchara bien hondo y en el sitio preciso, hasta me suplicarían», reflexionó. Y reflexionó. Y reflexionó. Y se levantó de la silla con brusquedad y gritó.

—¡Los cogeré!

Toda la gente de la sala se sobresaltó. Se hizo un breve silencio continuado de un alargado murmullo compuesto de, con total seguridad, críticas y juicios mal intencionados hacia el grandullón. Charmaine reaccionó al instante. Con calma y sosiego se posicionó su lado. Le susurró algo al oído. Luck miró al investigador con la cara de un enfermo cuando su médico le dice que tiene cáncer, y situó su trasero en la silla a cámara lenta. Después, el médium, con la misma pausa y sosiego, volvió a su sitio.

La gente del Okee Bar volvió a sus respectivas conversaciones. Los tres compañeros estaban en silencio. Algo había pasado en la mente de McReady, tanto con la reflexión que lo exaltó como con las palabras que lo tranquilizaron. Ahora, el único que estaba fuera de juego, era Temmpórt. Se preguntaba qué había pasado. Tenía ganas de saberlo; muchas ganas. Pero se contuvo. La paciencia era una necesidad. Trataban con algo que hasta ahora no apreció: con la mente de un padre que haría todo por encontrar a su hija desaparecida. Una persona a la que, a pesar de ser de las mejores que conocía, le tambaleaba el juicio.

Roy dio gracias al cielo por la presencia de Charmaine; controló la situación como nadie. «¿Qué susurró al oído de Luck? ¿Hipnosis?», se preguntó.

McReady estaba paralizado. Tenía los ojos abiertos y pestañeaba. Miraba al médium, impassible. Pensaba en algo, recapacitaba. Ahora parecía él quién unía las piezas de un rompecabezas. Roy puso la mano sobre el hombro del grandullón.

—Eso es, amigo mío —tranquilizó—, no pasa nada. Estamos aquí.

Luck no respondió. Seguía con la mirada fija en Charmaine, y Charmaine hacía lo mismo con Luck. El pequeño jefe no entendía nada, se inquietaba. De nuevo tuvo que recurrir a la paciencia para soportar el calvario de la duda. Suspiró. No lo soportó más.

—Cuando queráis me contáis qué está ocurriendo —pronunció con sarcasmo.

A pesar de los cientos de respuestas que se podía esperar, sucedió la más inesperada.

—¿Sigue... sigue ahí? —acertó a preguntar McReady con voz entrecortada. Charmaine asintió—¿Do... donde?

—Al lado del camarero, el chico joven que está dentro de la barra.

Temppórt palideció y un escalofrío recorrió su pequeño cuerpo. Giró la cabeza y miró a la barra del bar. Jimmy secaba un vaso con un trapo... y nada más; estaba solo. «¿De qué coño están hablando?»

—Si me decís lo que está pasando me quedaría mucho más tranquilo, os lo aseguro —comunicó con voz temblorosa.

—Ve a una chica —informó el grandullón—. Dice que está al lado de Jimmy.

El escalofrío que recorrió su diminuto cuerpo viajó hasta su estómago y se transformó en un pellizco. «¿Un fantasma? ¿Charmaine está viendo un fantasma?», pensó.

—Charmaine, ¿estás viendo un fantasma? —preguntó Temppórt, atemorizado.

—Si quieres llamarlo así —respondió el investigador, con franqueza—. Para mí son almas errantes. Espíritus que no se han querido ir... que se han quedado para finalizar algo. Se quedan porque quieren. Se han negado a realizar el viaje después de la muerte a ese plano superior del que muchos no creen. Se quedan reducidos a una sombra, o a una luz, o a un espejismo. Se quedan por miedo a cruzar arriba o a abajo. O se quedan porque no han sido enterrados como necesitaban. O porque, simplemente, nunca han hallado su cuerpo. Con el tiempo, cuando no pueden solucionar su problema, se desesperan y olvidan que se han ido. De almas errantes pasan a almas en pena. Ahí son peligrosas porque sienten hambre. Y cuando llegan a ese punto son peligrosas, porque están

hambrientas.

La explicación de Charmaine dejó boquiabierto al pequeño jefe. McReady seguía sin inmutarse.

—¿Eso es lo que pasa cuando mueres? —A Temmpórt le surgían dudas por todas partes.

—Si quieres, sí —respondió Charmaine, gustoso por la curiosidad—. Pero tienes que entender una cosa. En el instante mismo en que alguien muere, su cuerpo se transforma bruscamente en algo distinto. Tan diferente como para que podamos decir *no parece la misma persona*. Sin embargo, tener el mismo esqueleto y la misma carne que en ese segundo antes de ese misterioso momento en que el alma se separa del cuerpo, no significa que sea el mismo. Se queda solo el cuerpo. Se queda tan muerto como queda una casa cuando se retiran para siempre los seres que la habitan y, sobre todo, que sufrieron y se amaron en ella. Pero tenéis que entender —agarró las manos de Luck y Roy de modo cariñoso—, que no son las paredes, ni el techo, ni el suelo lo que se recuerda de la casa, sino esas personas que la habitaron con sus conversaciones, sus risas, con sus amores y odios; seres que bañaron la casa de algo inmaterial pero gigantesco, de algo como es la sonrisa en un rostro. Tenéis que entender que la casa con el tiempo se pudrirá y dejará de existir, que se convertirá en polvo. Pero el recuerdo de una sonrisa perdurara en tu casa, dentro de tus paredes, debajo de tu techo y mientras caminas por tu suelo el tiempo que ustedes quieran.

Charmaine quería dejar claro que existía la posibilidad de la muerte de Mary Beth. De que, incluso, podría ser el alma errante que observaba en ese mismo instante. Roy le comprendió. Hasta se le pasó por la cabeza el momento de aceptar su muerte, de recordar solo la sonrisa en su rostro.

¿Tan difícil sería aceptar la muerte de Mary Beth después de tanto tiempo? Sí, lo sería. De hecho, sería lo más difícil. Después de tanto tiempo buscando, de sufrir y llorar, de tener esperanzas hasta el último momento, ¿resulta que su alma errante está al lado de Jimmy, el camarero del Okee Bar? Puede que Roy se pudiera hacer a la idea de que Mary estuviese muerta, pero Luck... no.

—Charmaine, ¿es ella? —preguntó el grandullón, con decisión.

CAPÍTULO 5

«Que no sea ella, por favor, que no sea ella... Ojalá sea otra alma, que no sea la de mí Mary Beth. Charmaine, ¿por qué me haces esto? Sabes perfectamente que no soportaría la muerte de mi hijita. Como sea ella, ¡como sea ella! ¡No! Deja de pensarlo, idiota. Estoy seguro de que no es su alma. La siento viva. La siento esperanzada. La siento en mí. No puede ser. Ella está esperando a que la encuentre, vivita y coleando. No su alma, ni su espíritu, ni cualquier jodida mierda que exista más allá de la muerte. Esta presión que me oprime el pecho me va a aplastar las costillas. Que digo aplastar, me las va a romper. Debo respirar y tranquilizarme o me va a dar algo».

—¡Habla, Charmaine! —dijo Luck, irritado. La duda paseaba a sus anchas por sus entrañas, arañándolas.

—Cálmate, amigo mío —Roy intentó tranquilizarle. Ojeaba con nerviosismo a una mesa y a otra. Conocía a su compañero; lo último que necesitaban era un arrebato violento de más de ciento veinte kilos de puro músculo.

El médium permaneció inmóvil. Ni siquiera la cara desencajada y repleta de ira de McReady lo amedrentó. Todo lo contrario, entrecruzó los dedos de las manos y dibujó una pequeña sonrisa en su rostro. «¿Qué cojones significa eso? ¿Acaso se ha vuelto loco? ¿No ve que Luck está a apenas dos cuartas de su cabeza?», Temmpórt pensaba a mil por hora. «Tiene los huevos de un toro», fue otro de sus pensamientos.

Un tic nervioso dominaba la pierna de Luck. Ansiaba una respuesta. Pero no una respuesta cualquiera, quería escuchar *su respuesta*. Codiciaba una contestación única, una que se repetía continuamente. Como, por ejemplo: no, no es ella; o Luck, esa alma no es la de Mary Beth. Cualquier respuesta valía, siempre y cuando, significara lo mismo: que no fuera ella.

La espera lo ponía más nervioso. ¿Por qué no respondía? Era fácil. Sí o no, ya está. Sin embargo, Charmaine, seguía pensativo. Cerró los ojos. Estaba... ¿concentrado? «¿Otra vez? Y una mierda», se dijo Luck.

—Charmaine déjate ya de paranoias y dime de una vez si el alma que está al lado de Jimmy es la de mi hija. —El grandullón expulsaba indicios de agresividad por los poros de su cuerpo.

—Sssssh —interrumpió el médium con autoridad, cruzando un dedo con la línea de los labios.

McReady se sorprendió por tal actitud. Su rabia se apagó como la llama de

una vela al soplarla. Se quedó pasmado, sin reacción alguna. Roy no fue menos. Los dos compañeros estaban atónitos. Después, el investigador se levantó con rapidez de la silla y se acercó otra vez al grandullón.

—Señor McReady, ¿la foto que me dio de su hija es actual? —Luck asintió — Entonces puede estar tranquilo, no es el alma de su hija.

Al fin, no era ella. El alivio que Luck sintió se transformó en una lágrima que recorrió su rostro con ligereza. Continuó con un suspiro que mitigó la furia y la impaciencia restante que transitaba por su cuerpo. No era ella, eso dijo. Y lo dijo bien claro. «¿Por qué iba a ser ella si está viva?», se aseguró el grandullón. Aun así, durante unos instantes y contra toda su voluntad, sintió como si Mary Beth, su querida hija, estuviera muerta.

¿Y si así fuera? ¿Qué haría? ¿Podría seguir con su vida? No, no podría seguir viviendo. Imposible. Quería tanto a Mary Beth que no le importaba nada más. Ni siquiera Elly. Tampoco su buen amigo Roy. Nadie. Ni dormir, ni comer, ni la paz en el mundo, ni el día, ni la noche, tampoco el Sol ni la Luna, ni el agua que bebía para saciar su sed, ni el aire que respiraba para poder vivir. Nada. Sufiría su ausencia hasta el fin de los días. «De nada sirve pensar en eso», se dijo. «Seguro que está viva».

Temppórt observó como la calma tranquilizaba poco a poco a su amigo; dejó que esa paz se introdujera en él. Por lo visto, la vida con el investigador sería un tobogán eterno en el que la moral y los ánimos sufrirían altibajos constantes. Las visiones de Charmaine vendrían como las sacudidas de un terremoto. Si no eran capaces de mantener sus fuerzas, la cordura huiría de ellos como una estrella fugaz en la noche.

La buena noticia tenía a los dos amigos medio en shock. Mientras la respiración en sus pulmones volvía a la normalidad, el médium se sentó en un taburete de la barra del bar justo en frente del joven camarero. Jimmy prestó al instante toda su atención en él para atenderle.

—¿Qué le sirvo señor? —preguntó con amabilidad.

—Una copa de sinceridad —respondió Charmaine con firmeza—. Y bien fría, por favor.

—¿Disculpe?

—Te has enterado. Quiero una copa de sinceridad —repitió incorporándose un poco sobre la barra. Acercó su cara a la del joven.

McReady y Temppórt, después de recuperar la noción del sitio y el momento, se apresuraron a colocarse junto al médium; no pretendían perderse nada. Jimmy se cohibió. El rostro de Charmaine a pocos centímetros del suyo y

la llegada de los dos amigos, incrementó sus nervios.

—Disculpe señor, pero no sé a qué bebida se refiere. —El camarero tartamudeaba por la incomodidad—. Señor Temmpórt, ¿puede decirle a su amigo que se acomode en su taburete? Está prohibido apoyarse sobre la barra de esa manera. —Roy, en silencio, se encogió de hombros con indiferencia—. Señor McReady, ¿podría decírselo usted? —preguntó a continuación al grandullón. —No sé a qué te refieres, Jimmy —respondió Luck con el mismo desinterés.

El camarero se apartó de la barra. Contempló como los tres personajes lo observaban con misterio e intimidación. Pero la cara que más le achantaba era la de Charmaine. Jimmy sudaba. De hecho, mientras más miraba a Charmaine, más sudaba. No podía apartar la vista del investigador. El momento se alargó incomprensiblemente hasta que el joven no pudo soportarlo más.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Otra vez? Quiero sinceridad —respondió Charmaine—. Sinceridad en la respuesta a la pregunta que te voy a formular.

Tanto Jimmy, como Luck y Roy, se extrañaron con la singularidad de la respuesta. Un ligero atisbo de comprensión sobrevoló la mente del camarero; sintió un ligero alivio.

—De acuerdo —pronunció con más seguridad y lentitud, como si se dirigiera a un loco.

—¡Perfecto! —Charmaine se alegró y se sentó satisfecho en el taburete— ¿Estás preparado? —Jimmy, patidifuso y casi seguro de que el hombre con el que hablaba estaba chalado, asintió— Bien, esa sí es una respuesta sincera. Espero que respondas de la misma forma con la siguiente pregunta. Ahí va, ¿por qué está a tu lado el alma de una joven con un camisón blanco ensangrentado y una corona de espinas en la cabeza?

Otra vez, otro escalofrío. Un pequeño rayo eléctrico cargado de miedo cayó en las coronillas de Luck y Roy. Y Jimmy, bueno, la reacción del camarero fue como si atravesara descalzo un camino de brasas. El muchacho brincó hacia atrás y su espalda fue a chocar con una estantería llena de botellas de todo tipo. Después de un sonoro tintineo de vidrios, muchas de ellas se estrellaron contra el suelo con un gran estrépito de cristales rotos.

La gente, curiosa, se levantó de sus sillas en busca del motivo del ruido. El murmullo aumentó. Muchos de los presentes se agruparon para observar el desastre. Después, Charmaine se levantó con brusquedad y, de forma amenazante, señaló con el dedo al camarero. La actitud del investigador

implantó un asombro desorbitado en todos los que le observaban.

—¿Qué le hicisteis? ¡Vamos! ¡Contesta!

Las personas que miraban al camarero sustituyeron la curiosidad por aspereza y desconfianza tras las afirmaciones del médium, como si se creyeran a ciencia cierta que hubiera hecho algo malo. El pobre chico sintió como se clavaban en él las miradas repletas de culpa, y abrumado por la incomodidad de la situación... se meó en los pantalones. La mancha se formó en la tela como una enorme laguna cuyo volumen aumentaba hasta límites desmedidos debido a unas lluvias torrenciales. Después, un charco de orina maloliente lo rodeo. Para él fue, más bien, un cenagal gigantesco de vergüenza en el que se hundía para siempre.

El silencio se hizo. Siguió la pena, la misericordia y la vergüenza ajena. Pasado ese primer momento de, si se puede llamar, compasión y humanidad por parte de los presentes, saltó a relucir, como no, ese sentimiento egoísta y perverso de perversa maldad que, a lo mejor no todo el mundo tiene, pero sí es capaz de saltar de uno a otro como una epidemia mortal que no tiene cura.

Así es. Después de esos primeros segundos hubo cachondeo, descaro y risas. Hubo cinismo, y pitorreo, y burla, y hasta insultos. Hubo muchos más dedos, además de el de Charmaine, que señalaban al muchacho. Lo mejor del ser humano salía a flote como un cocodrilo que busca oxígeno en la superficie y observa inmóvil a alguna presa, en este caso, Jimmy.

Muchos incluso forzaban la garganta para reír más alto. Carcajadas falsas, tan falsas como los individuos que las expulsaban por sus bocas. «Muchas de estas personas seguro que son unas amargadas que esperan a que algo interesante ocurra en su vida», se dijo Roy, el único que parecía compadecerse del humillado camarero. Miraba de un lado a otro y veía como ninguna de las miradas se apartaban de Jimmy. Cargaban malicia. Tenían ganas de más; lo notaba en los dueños de los ojos. Ansiaban que el joven pasara por otra calamidad para reírse de él hasta que se les desencajara la mandíbula. En los recuerdos de Jimmy quedaría grabado ese día como la marca de un hierro candente en el lomo de una ternera. Con total seguridad, nunca lo olvidaría. «¿Cuándo acabará todo? Por el bien del chico será mejor que pronto», pensó el pequeño jefe.

Las carcajadas se escuchaban por todas partes. De atrás, de un lado, del otro. Menos de las dos personas que se encontraban a su flanco: Charmaine y Luck. Cabalgaban en la seriedad. La crueldad desmedida que flotaba en el ambiente no significaba nada para ellos. Observaban al chico, sí, pero de manera diferente; apenas parpadeaban. Esperaban algo de él, quizás, una respuesta. La respuesta,

la copa de sinceridad.

El joven, inexpresiblemente, dejó de hacer caso a las dañinas burlas. Su semblante mostraba terror. El pequeño jefe comprendió que la escena de humillación lo apartaba de lo realmente importante. ¿Por qué está esa alma a tu lado? ¿Qué le hicisteis? Esas fueron las preguntas que habían originado todo ese caos de vergüenza. Unas cuestiones que habían tenido como resultado la mancha en los pantalones del camarero. Roy incorporó el estado de calma de sus compañeros y recapacitó. Jimmy sabía algo. ¿Por qué si no tuvo esa reacción?

—Vamos Jimmy, contesta —insistió Roy. Aunque era complicado oír sus palabras entre el jolgorio, el joven las escuchó—. Sabes de lo que está hablando, ¿verdad? —Al ver la reacción, continuó con más seguridad—. Claro que lo sabes, si no, ¿por qué te has meado encima? Serás gilipollas. —Jimmy comenzó a temblar. Un tembleque que lo dominó gradualmente sin comprensión alguna. ¿Tenía miedo? Pero, ¿por qué? —. Ayúdanos a ayudarte chaval, no seas tonto.

—Yo... yo, —la voz del camarero era semejante a su cuerpo—... yo, —se detuvo y fijó la mirada en Charmaine—... yo solo miraba, solo miraba — comenzó a llorar inconsolablemente.

El silencio se hizo otra vez; la algarabía desapareció por completo. Jimmy se arrodilló y lloró y lloró sin consuelo. Todos asomaban las cabezas hacia dentro para verlo. Sin poder soportarlo más, Luck, con un ágil brinco saltó la barra del bar y agarró con firmeza al joven por la camisa y lo levantó con violencia a dos palmos del suelo. El pobre chico parecía ser la antorcha olímpica alzada por un atleta. Los ojos del grandullón ardían en venganza y Jimmy tenía todas las papeletas para ser el objetivo de su ira.

—Ahora mismo vas a aclarar lo que has dicho —dijo McReady apretando los dientes sin apenas mover los labios al vocalizar—. De lo contrario, te partiré el cuello.

La gente del bar estaba impactada. Atendían como si no hubiera un mañana, ya tenían tema para hablar durante un largo tiempo. Solo se escuchaba el débil gimoteo del camarero. Charmaine, inmóvil, prestaba la misma atención que todos.

—Solo miraba —repitió Jimmy con un carraspeo evidente. La presión en su garganta casi la destrozaba—. Se divierten, hacen de todo con ellas. —Débil tos—. Luego las hacen desaparecer. —Lloriqueo—. Yo solo soy el camarero aquí... y allí —acabó con más lloros y más tos.

¿Hacen de todo con ellas? Luck notó como la ira comenzaba a dominar sus actos. Apretó sus manos. El chico se asfixiaba. Al ver la cara morada del joven

por la falta de oxígeno, un atisbo de razón sobrevoló su cabeza y recuperó el control.

—¿De quién estás hablando? Estoy convencido de que me lo dirás. — McReady apretó de nuevo. El ceño evitaba que el chico pudiera contestar.

Jimmy respiraba con dificultad. Las manos de Luck eran como las paredes de una habitación egipcia que se van uniendo lentamente por la activación de una de sus trampas, y su garganta, en medio de la sala. Ya casi no podía hablar, solo farfullaba cosas sin sentido. Intentaba decir algo, pero la presión evitaba que expulsara un solo vocablo. En cada intento escupía diminutas gotas de saliva que iban a parar al cercano rostro de McReady. Este ni se inmutaba. Oprimía más y más. El cuello del chico iba a ceder; el joven lo sabía. Así que, sin poder pronunciar una palabra, alzó el brazo y con el dedo de la mano señaló a una pared.

Nadie llegó a ver dónde señaló porque todo se fue a la mierda en un abrir y cerrar de ojos. Con un movimiento seco y rápido, el dedo de Jimmy, se torció hacia arriba por la parte del nudillo acompañado del sonido desagradable que eso suponía. El dedo quedó como una L escrita en un papel.

—¡Suéltalo, Luck! ¡Rápido! —ordenó Charmaine, agitado.

El grandullón cumplió la orden a rajatabla. Jimmy observaba su dedo como si nada fuera con él. A esas alturas, el temblor en su cuerpo era ya un tsunami imparable. Lo más seguro es que el joven no sintiera nada todavía, pero cuando el dedo partido comenzó a enviar señales de dolor a su cerebro, inició a desgañitarse con un sufrimiento difícil de expresar de otra manera. Se sujetaba la mano magullada con la otra como si se fuera a caer. Sus gritos eran demoledores. Todos estaban boquiabiertos. La expresión adoptada por algunos mostraba grima en abundancia.

—Pero ¿qué...? —Se preguntó Luck a sí mismo.

—¡Sal de ahí! —gritó Charmaine.

McReady hizo caso al instante de nuevo y salió de la barra con otro ágil salto.

—¿Qué ocurre Charmaine? —preguntó Roy, exaltado.

—No dejéis que vuestra mente o razón os engañe. Creer en lo que veáis, porque así sabréis a lo que nos estamos enfrentando. Y, por favor, nunca soñéis con lo que está a punto de pasar...

Charmaine sacó un pequeño crucifijo dorado del bolsillo de su chaqueta y lo apretó contra su pecho. Estaba asustado; Temmpórt lo notó. «¿Qué está a punto de pasar?», se preguntó el pequeño jefe. Al ver al médium de esa manera se

atemorizó muchísimo más de lo que ya estaba.

Lo único que se escuchaba en la sala eran los gritos de dolor de Jimmy. Roy miraba de un lado a otro, intentaba advertir algo fuera de lo común. Era extraño ver a más de treinta personas mirando al mismo tiempo al pobre chico, sí, pero aparte de eso, nada. ¿Qué era entonces lo que tenía a Charmaine tan asustado? No tuvo que esperar mucho. El suceso que ocurrió a continuación le hizo consciente del peligro que entrañaba pertenecer al mundo del investigador.

Los gritos de Jimmy finalizaron con un quejido agudo, un lamento con el que aspiró todos los llantos que había expulsado anteriormente y los encerró de nuevo en su pecho. Gemía. Quería hablar o decir algo, pero no podía abrir los labios, era como si los tuviese pegados o cosidos.

De súbito, el pequeño tembleque se volvió más agresivo. Se puso de pie de una sacudida y comenzó a agitarse como una marioneta movida por unos hilos invisibles. Y gemía, ¿de dolor? Los presentes se asustaban más por cada segundo que pasaba al ver como el joven se agitaba sin control. ¿Cómo podía moverse de esa manera?

Se escuchó el ruido de un hombro dislocarse. Después de un desagradable y eterno gemido de Jimmy, este sí, de dolor, continuó el grito asustadizo e incontrolable de una asistente al observar como las violentas sacudidas rompían casi todos los huesos del chico.

La temperatura descendió bruscamente. Un fuerte olor a azufre irrumpió en el local. La gente se inquietaba. ¿Qué estaba pasando? Las arcadas llegaron, el vómito contagió a uno, y ese a otro. Aquel acontecimiento se estaba convirtiendo en una desagradable escena muy difícil de olvidar para el que la presenciara; una auténtica pesadilla.

Y Jimmy seguía gimiendo; era lo único que podía hacer, eso, y saltar por los aires. Se chocaba con las estanterías de botellas y rompía los vasos y jarras, de hecho, chocaba con todo. Su cuerpo se llenó de cortes por culpa de los cristales. Sus brazos y piernas parecían de goma a esas alturas. Alguna fuerza sobrenatural lo sostenía y sometía a ese castigo, a esa tortura, a ese inevitable fin.

Un ruido fuerte y seco fue lo siguiente que se escuchó. El cuello de Jimmy se rompió. Los desesperados gritos de horror de los asistentes eran ya incesables. Lo que quedaba del camarero seguía moviéndose. Era imposible. Tras unos breves e interminables momentos al mismo tiempo en el que nadie creía lo que veía, el cuerpo del joven, con unas extremidades más parecidas a las de un pulpo que a las de un ser humano, se alzó por encima de la barra y calló a un par de metros arrastrando sillas y mesas.

Cayó a los pies de Charmaine. Con tobillos rotos y piernas desencajadas. Codos, muñecas, rodillas, todos los dedos de las manos... el cuello, todo quebrado, todo colocado de forma inverosímil. Su estado era como si un camión le hubiera pasado por encima. Jimmy ya no gemía. De hecho, Jimmy ya era incapaz de sentir ningún dolor.

Charmaine, con su pequeño crucifijo bien sujeto, dio la espalda al cuerpo inerte, maltrecho y deformado y avanzó a una de las paredes del local. Luck y Roy, tan sobrecogidos como el resto de personas que habían vivido el horrendo espectáculo, no podían articular palabra. El investigador, en cambio, miraba algo.

—¡Aquí fue donde Jimmy señaló antes de sufrir esa muerte agónica! — comunicó Charmaine en voz alta sin ningún resentimiento.

CAPÍTULO 6

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¡Pobre Jimmy! Está hecho una piltrafa en el suelo. Una fuerza sobrenatural ha matado al pobre chico. Lo hemos visto todos. Roy está tan sorprendido como yo. Normal, esa masa de carne deforme que es ahora ese chico te vuelve el estómago del revés. Charmaine es verdadero. Su habilidad es cierta. ¡Maldita la hora que dudé de él! Apenas le ha sorprendido lo que ha pasado. ¿Qué es lo que ha dicho? ¿Está mirando la fotografía de Payne y Canouse?».

Las personas presentes al horror vivido mostraban una palidez única en sus caras. Semblantes demacrados por la dureza de contemplar una muerte increíblemente cruel e irreal. Ninguno de ellos estaba preparado para experimentar una señal tan clara de salvajismo paranormal. Bueno, menos uno: Charmaine.

El investigador, después de lo sucedido, seguía con su rostro habitual. Únicamente sujetaba su crucifijo dorado con fuerza, el resto, igual que siempre. Parecía estar acostumbrado. ¿Cómo era posible que alguien se habituara a eso?

Se detuvo delante del retrato que señaló Jimmy antes de sufrir ese castigo. Según le habían explicado, los actores de la fotografía eran el dueño del Okee Bar y el magnate de pieles de caimán: Elliot Payne y Russel Canouse. Si existía un grupo de extorsionadores y asesinos sueltos, seguramente, tendrían unos líderes. Todo indicaba que el poder, la fama y la influencia de los dos empresarios les encasillaban en ese puesto.

El tiempo era algo esencial, el médium era consciente de ello. Los dos personajes de la foto encajaban, sí, pero podía significar muchísimas cosas. Tenía que averiguarlo.

—¡Ey! ¡Venid aquí! —Charmaine alzó la voz sobre la algarabía generalizada para llamar a Luck y Roy— ¡Qué vengáis! —insistió ante la poca respuesta. Al final, fue en busca de los dos y los arrastró a un lugar medianamente tranquilo— Chicos, esto no ha acabado. Tenemos que recopilar más información.

—¿Más información? —objetó Temmpórt, sobrecogido— Pero si Jimmy está... está...

—Sí, por eso mismo. Ese desgraciado ya no nos podrá decir nada — interrumpió, Luck—. Tenemos que saber más. —Fijó la mirada en el médium, tuvo una idea—. Charmaine, interroga al fantasma que le ha hecho esta barbarie.

—¿Acaso se cree que es un delincuente de poca monda? Y no es un

fantasma, es un alma...

—Lo que sea —interrumpió de nuevo el grandullón—. Hazlo y punto.

El investigador se sentó en silencio en una silla cercana. El pequeño jefe estaba un poco descolocado, en cambio, McReady, se inquietaba. El golpe causado por la impresión de esa muerte tan horrenda tumbaría a un rinoceronte. Mientras, al padre de Mary Beth le daba igual. Todo se volvió real para él, Charmaine era real. Que su hija estaba más cerca que nunca, también era real.

—Charmaine hicimos un trato, me debes la verdad.

—Lo sé, señor McReady. —La preocupación en el médium se percibía descaradamente—. Es que... es complicado.

—Tiene tanto miedo como yo ahora. —Temmpórt se incorporó a la conversación.

El investigador apenas reaccionó ante el comentario. Solo suspiró.

—Tengo más miedo aún, señor Temmpórt —pronunció con calma—. Hablar con un alma errante es peligroso. Cuando era joven lo intenté una vez... y las repercusiones están presente todavía. Llegados al punto en el que se encuentran, puede que no sepan ni lo que quieren. Y pueden que tengan un hambre atroz.

—¿Otra vez con el hambre? ¿A qué se refiere con *hambre*? —preguntó el pequeño jefe. Su singular curiosidad había vuelto.

—Hambre de lo que vean oportuno. Si sienten ira, tienen hambre de saciarla. Si sienten venganza, o rabia, o pesadumbre, o tristeza... lo mismo. Solo tienen una forma de colmar esa necesidad, y es manipulando la vida. El problema de actuar de esa manera, es que se quedarán en los límites para la eternidad, sin saber si quiera quienes son o que fueron. En este caso, Jimmy ha sido un ejemplo bien claro de manipulación de vida. —Suspiró de nuevo—. Y sabiendo esto, usted, señor McReady, me está pidiendo que interrogue al culpable de esta barbarie. Un alma que no sabe lo que busca o lo que siente.

—Puede decirnos donde está mi hija —dijo Luck, desesperanzado por la actitud negativa del investigador.

—Eso es lo peor, que sé que usted tiene razón. Quedaros aquí —finalizó Charmaine, envalentonado.

El médium se dirigió a la barra y se sentó en el mismo taburete. Apartó con cuidado los cristales rotos. Del bolsillo de la chaqueta sacó un pequeño frasco con un tapón de corcho, relleno de un líquido transparente. Lo miró concienzudamente durante unos segundos, lo abrió, suspiró y se lo bebió.

Luck y Roy lo observaban atentos desde la pared. El local era ahora un conjunto de berridos asustados y llamadas de teléfono. Pronto estaría lleno de

policías, bomberos, enfermeros... Un desconcierto total que no convenía a sus intereses. Nadie se percató de Charmaine que, con una última ojeada a sus compañeros, centró su atención en las estanterías destrozadas que tenía en frente.

El pequeño jefe apenas parpadeaba. El abatimiento era un fiel reflejo en su rostro; la situación lo superaba. De vez en cuando, un atisbo de ánimo y esperanza le insuflaba el pecho, pero la verdad todo aquello era como un yunque herrero sobre sus hombros. La muerte del joven camarero había supuesto un palo en sus creencias, en su realidad, en su vida. Quería encontrar a Mary Beth, era lo que más deseaba, ¿pero tenía que ser de esa manera? ¿Debía comprender que el miedo a lo irreal se había convertido en real?

El médium parecía relajado, pero su interior era un río embravecido. Sabía lo que tenía que hacer. Había hecho un trato con Luck, le prometió la verdad. Y para eso tenía que repetir algo que se obligó no hacer nunca más: hablar con un alma errante.

El médium miró repetidas veces de un lado a otro de la barra. La chica no estaba. La sentía, así que debía estar por allí. Saber el nombre de aquel espíritu habría servido de mucha ayuda. Si la llamaba seguro que respondería. De todas formas, era conveniente esperar un poco. El sudor comenzó a cubrirle la frente. Ni toda la experiencia de todos los tiempos posibles, lo acostumbrarían a esos momentos. Calmó sus nervios, o lo intentó. Durante unos minutos estuvo vigilando y no pasó nada, ni un ruido inusual aparte del bullicio del local. Cerró los ojos y se concentró. Cuando los abrió, tenía a la chica delante suya. Lo miraba fijamente. Sus ojos estaban rellenos de una oscuridad aterradora. Las espigas de la corona se clavaban en su cabeza como si tuvieran vida propia, y eran el principio de diminutos hilos de sangre que surcaban el rostro pálido y demacrado de la chica. Inclina su cuerpo de un lado a otro con parsimonia, como si danzara a la espera de algo. El médium se aferró de nuevo a su crucifijo dorado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó sin perder un segundo, decidido. Si tenía que pasar algo, que pasase.

—Melanie.

La voz estridente de la chica parecía pronunciada varias veces al mismo tiempo. La sorpresa por la respuesta tan inmediata, inyectó un temor olvidado directamente en el corazón del investigador. Sin embargo, confió en sus habilidades.

—Hola, Melanie —continuó, Charmaine—. ¿Sabes quién soy?

—Sí.

De nuevo, la rápida contestación lo cogió desprevenido. Tenía que escoger las palabras adecuadas o se vería en serios aprietos.

—Mejor, así nos saltamos las presentaciones. —Intentó relajarla—. Solo quiero hablar, Melanie.

—¿Qué te hace pensar que yo también quiero? Eso dijo él también: solo vamos a hablar, a hablar un ratito...

El rostro ensangrentado de la chica se inclinaba de un lado a otro al ritmo de su cuerpo. Se acercó a Charmaine. Sus ojos eran la nada absoluta, mirarlos fijamente sería la perdición. Apoyó las manos sobre la barra, preparándose para saltar sobre la presa que era el médium en ese instante.

—Bueno, quizás, porque es posible que pueda ayudarte —dijo Charmaine con rapidez al ver la peligrosa amenaza. Funcionó. La chica detuvo ese baile particular con el que se mecía de un lado a otro—. Creo que las personas que estoy buscando son las mismas que te asesinaron.

Una chispa de esperanza saltó. Melanie temblaba, posiblemente de ira, o de venganza, o de rabia... Sea como fuere, Charmaine dio con la tecla. Dejar pasar esa oportunidad sería de necios.

—No eres la única víctima a manos de estos indeseables, ¿verdad? —continuó— Estoy seguro de que hay más como tú. Si me contaras algunas cosas...

¿Contar algunas cosas? Charmaine recapacitó. Una punzada en el estómago lo situó en la realidad, en aquella sala atestada de gente asustada, en el taburete desde el que miró a McReady y Temmpórt. *Algunas cosas*, ¿y si Melanie aceptaba? ¿Qué le contaría? ¿Qué Mary Beth era otra de las víctimas?

—Voy a contarte algo, comunicador con los muertos...

Melanie acercó su rostro al de su interlocutor, y habló.

El revuelo en el Okee Bar era grandioso. Pronto llegarían las asistencias y Charmaine seguía sentado en el taburete. Luck y Roy miraban como la mirada del investigador se clavaba en las botellas de las estanterías, inamovible. Aunque no veían nada más que les llamara la atención, sabían que algo pasaba.

La respiración agitada de los dos amigos indicaba una preocupación más allá de cualquier situación vivida anteriormente. El miedo y las ansias por saber, creaban al mezclarse una sensación que nunca antes habían sentido.

—Ey, Luck. —La voz débil y temblorosa de Temmpórt, reafirmaba el estado

de abatimiento que había adoptado desde que vio al pobre Jimmy volar por los aires como una marioneta.

—Dime. —El grandullón respondió sin mirarle; estaba concentrado en el médium.

—¿Crees que está hablando con el alma errante? Quiero decir... ¿crees que Charmaine va a conseguir información sobre Mary Beth?

—Pues claro. ¿Por qué si no iba a arriesgarse a mantener una conversación con esa cosa? Ya lo escuchaste, tiene tanto miedo como nosotros.

—Luck. —El tono desesperanzado del pequeño jefe llamó la atención de su amigo—. Me refiero a que... ¿y si las noticias que logra no son buenas?

El rostro del grandullón cambió de súbito. El simple hecho de insinuar algo parecido era para él una tortura inimaginable. Agarró por el pecho a su pequeño compañero con furia. El grito de dolor del pobre Temmpórt llamó la atención de varias personas, asustándolas otra vez.

—¿Por qué? ¿Por qué va a traer malas noticias? Después de todo lo que estamos pasando y vienes con esto. —La ira cegaba a Luck, su mirada era la misma que miraba a Jimmy minutos antes. Su rostro se retorció por la rabia, estaba sumido en su cólera. Se pronunciaba como un caballo desbocado y jadeante. Roy estaba totalmente a su merced.

La tensión habitaba en cada rincón del establecimiento. El bullicio fue sustituido por miedo, miedo a que pasara otra vez algo sobrenatural. Cualquier cosa que ocurriera en ese momento tan delicado, fuera lo que fuese, era un cuchillo caliente cortando mantequilla.

—¡Déjelo, señor McReady! —Se escuchó de repente. Era Charmaine, que se aproximaba con tranquilidad hasta ellos— Déjelo en el suelo, tenemos cosas más importantes que hacer —dijo finalmente posando una mano sobre su hombro.

La serenidad que proporcionó el tacto de la mano del médium calmó la ira del grandullón. Este soltó a su pequeño compañero. Le miraba arrepentido, como el niño que ha roto algo y no sabe cómo excusarse.

—Lo... lo siento, amigo mío. —La respuesta que obtuvo por parte de su pequeño e incondicional amigo, no fue, ni mucho menos, la que esperaba.

Temmpórt se incorporó dolorido como pudo, sin hacer comentario alguno. Todos lo observaban con una mirada bastante fastidiosa, una mirada de pena, como a Jimmy. Aquel momento fue un incordio total para su, a esas alturas, dañada moral.

—¿No has dicho que tenemos que irnos, Charmaine?

—Así es, señor Temmpórt. Tenemos cosas que hacer.

—Pues venga, tengo que salir de aquí.

Roy inició una caminata rápida hasta la salida. Allí esperó a sus compañeros. Nada más salir, inspiró con fuerza; necesitaba aire en sus pulmones. Más que aire necesitaba un empujón de valentía, de arrojo. Le urgía. Tenía que poner otra vez los pies en el suelo, en la realidad, en su realidad. Solo quería recuperar a Mary Beth, la hija de su mejor amigo. Un amigo que, visto lo visto, como no encontraran a su hija viva, lo perdería para siempre con total seguridad.

—¿Se encuentra bien, señor Temmpórt? —Charmaine apareció— Hay que tener paciencia con el señor McReady, es una situación complicada, y más, habiendo sido testigo de este espectáculo.

—¿Y para mí no? Aunque no sea mi hija siento tanto como cualquiera su desaparición, y le aseguro que lo ocurrido ahí dentro me ha afectado más que a nadie. Después de ver esa barbaridad, tengo el presentimiento de que como siga a su lado me aplastará un peso invisible y tenebroso, y nunca creí posible que existiera un peso tan aplastante.

—Trate de no pensar mucho en eso mientras nos enfrentamos a estos incidentes tan difíciles de creer. Recuerde que ahora es consciente de la existencia de mucho más aparte de lo vivo. Cuídese de lo que sus ojos no ven, señor Temmpórt, me parece que me será imposible ayudarle si no ve más allá.

El silencio se produjo y, aunque no pareció durar más de lo que dura un latido, en la mente de Roy se alargó. Analizó las palabras del médium. No sabía que le daba más miedo, si un alma errante rompiéndole todos los miembros del cuerpo, o aquella advertencia. ¿Ver más allá? ¿Acaso existía más cosas por la que preocuparse? Justo cuando iba a preguntar a qué se refería, apareció Luck.

—Ya podemos irnos —dijo como si nada hubiera pasado—. Has dicho que tenemos cosas que hacer. ¿A qué te referías? ¿Has podido hablar con el espíritu?

—Sí, señor McReady. Y me ha dicho que tengo que hablar con alguien. Me espera en una casa en las afueras.

—¿Y dijo algo de mi hija?

—Solo... tenemos que ir a esa casa. —Charmaine cambió la línea de conversación sutilmente—. Hasta que no vayamos, no sabré nada.

Había que ser de Soggy Town para saber de la existencia de aquella vivienda. De camino a ella, Roy contó la historia de aquel lugar.

—Más bien es una hacienda casi derruida, parece mentira que siga en pie. Se cree que perteneció a un rico terrateniente. Antes de ser Soggy Town, esto era hectáreas y hectáreas de cosechas de algodón que le pertenecían. Le salía el dinero por las orejas, igual que su crueldad. Ese malnacido disfrutaba haciendo

perrerías de todas clases a sus esclavos; les hacía barbaridades de todo tipo.

» Cada mañana, galopaba con su caballo a través de las plantaciones sin miramiento, llevándose por delante lo que estuviera a su paso. Dislocaba hombros, partía piernas y brazos. Incluso más de una vez, si no esquivaban a la bestia a tiempo... bueno, en fin. Pero había algo que los pobres negros temían más.

» A veces, escogía a algún pobre infeliz para fustigarlo sin motivo alguno con su fusta. El desgraciado la preparó a conciencia. Aquella herramienta del demonio medía más de un metro y medio, de un cuero tan rígido por el mango como flexible por la punta. En cada arremetida la espolvoreaba al completo con sal molida. Hasta que llegó el día fatídico, para él claro. Ese día escogió a un pobre chico para su sesión de sufrimiento. La madre del niño no pudo soportar la tortura y lo cubrió con su propio cuerpo. Tal gesto, animó más aún al dueño. Parecía que las fuerzas se las insuflaba un maleficio del antiguo vudú, como si su brazo y la fusta fueran una única pieza maligna regalada por el peor de los demonios. Reía con cada azotada. Se deleitaba con cada gota de sangre derramada. Se entretenía en mirar los desgarros con ojos coléricos.

» Sazonaba aquella maldita vara en su saco de sal molida para provocar más estropicio. Apenas unos segundos en los que la pobre mujer rogaba a su hijo que se fuera, que huyera sin mirar atrás. El pobre crío se bebía las lágrimas de su madre, ¿cómo podía abandonarla? Hacía todo lo contrario, se aferraba a ella con todas sus fuerzas intentado absorber algo de su sufrimiento.

» La triste estampa dibujada en el suelo ensangrentado de madre e hijo casi excitaba al creador de pesadillas, que siguió con su lujuriosa tarea; azotó con más brío, con más nervio..., con más firmeza. Gozaba con cada grito de dolor, los gemidos eran un sustento en sus brazos. Y siguió. El sudor de su frente le recordaba que debía descansar, y así, sazonar la herramienta de castigo. Y siguió. Cualquiera hubiera dicho que la silueta era la de un hombre picando piedra, pero no, estaba golpeando con una fusta mortal a dos seres humanos. Los demás esclavos se tapaban los ojos y lloraban al son de los lamentos doloridos y el viento cortado por la vara

» Al final... no quedó pizca de vida. Ni de una, ni de otro. La madre y el hijo solo eran ya dos cuerpos desfigurados e inertes situados de la única manera que tuvieron oportunidad: abrazados. La falta de movimiento y ruido en los cuerpos fue la señal que paró al brazo demoledor. Un desfile de patadas impotentes a los cuerpos inertes fue lo que siguió; se le acabó la diversión. Miró a los demás infelices y dijo: «mañana más». El terror causado con aquellas dos palabras le

produjo un regocijo que mostró sin medida alguna mediante carcajadas jadeantes, unas risas tan desagradables que podían provenir del mismísimo propietario del trastorno y el dolor.

» Mientras se marchaba, miraba atrás repetidamente para ojear de nuevo los rostros atemorizados de sus posibles futuras víctimas. Lo que nunca esperó aquel terrateniente era el castigo vengativo que recibiría.

» La furia desenfadada que rodeaba el corazón destrozado del padre y marido de las dos víctimas de la fusta salada, se transformó en una venganza incontenida secundada por los demás esclavos. El amor de aquel hombre de color por su mujer e hijo, se despellejó con la misma crueldad que ellos.

» El terrateniente se vio rodeado de una piara de esclavos enfurecidos cegados por las ganas de triturarlo, sin nada que perder. Tal fue el daño que le infringieron que es difícil decidir si se lo merecía o no. Por su puesto, aquella rebelión no se podía consentir. El rumor de un patrón asesinado por sus esclavos se extendió como la pólvora. Cuando las autoridades se presentaron en la hacienda, lo último que se esperaban era una resistencia de hombres de color armados con hachas y martillos. La matanza de aquellos esclavos es lo siguiente que se recuerda. Después, la casa quedó en el olvido, abandonada. Y posteriormente, el tiempo se encargó de pudrirla.

Los años habían convertido aquel sitio en un lugar espeluznante, estaba tan abandonado como sucio y polvoriento. Charmaine no podía contener los escalofríos. Sintió que la desgracia y la crueldad eran unos adornos perennes en aquel ambiente corrupto; se maldijo en el mismo momento que llegó. Pero la información que proporcionó Melanie era lo único que tenía, si dejaba escapar aquella oportunidad se arrepentiría.

«No necesitas nada. Cuando llegues, solo siéntate en el salón y llámala, *ella* te contestará». Esas fueron las palabras de Melanie. «Si quieres saber lo que pasó, pregúntale a *ella*».

Después de tanto buscar las respuestas, la encontró de la forma menos esperada: hablando con un espíritu. Otra vez.

CAPÍTULO 7

«¿Por qué nos ha traído aquí? Esta hacienda lleva abandonada yo que sé cuánto tiempo. Siento que se estrecha la búsqueda, que el final está próximo. Va a entrar solo mientras Roy y yo lo esperamos en la camioneta. No me fio... ¿Quién sabe lo que ha podido hablar con esa cosa? Este asunto tiene muchos afluentes, y algunos de ellos son rápidos y agitados donde el agua podría arrastrarte al fondo para siempre. Hay que ir con cuidado, Charmaine... con mucho cuidado».

El chirrido de la puerta al abrirse era como el portón de un castillo donde se escondía algún vampiro inmortal. El olor concentrado a cerrado fue una bofetada contundente para las fosas nasales. Una sensación angustiosa, la cual se estaba acostumbrando a sentir en el poco tiempo que llevaba en Soggy Town, invadió al investigador. Esa sensación se mezclaba con dosis de intranquilidad y de un malestar bastante incomprensible. Al momento supo de qué se trataba: miedo.

Se dirigió al salón rompiendo la oscuridad con una pequeña linterna. La madera que conformaba el suelo crujía con cada paso, parecía que se derrumbaría en cualquier momento. Un sillón roído era el único mobiliario de la sala, como un faro en medio de la neblina de la mar que indicaba el camino a la costa. Como no, se sentó en él. Suspiró. Un suspiro con el que intentó sacudirse el nerviosismo, con el que intentó convencerse de que era lo único que podía hacer. Ni mucho menos, se convenció.

—¿Estás ahí? —preguntó con voz temblorosa. No obtuvo ninguna respuesta — ¿Estás ahí? —repitió. Tampoco obtuvo respuesta alguna.

Charmaine se enfadó consigo mismo. ¿Fiarse de un alma errante? ¿Cómo fue tan gilipollas? Están tan desesperadas que nunca hay que confiar en ellas. Pero no la culpó. El odio que Melanie procesaba por sus asesinos era un dolor punzante tan insoportable que diría cualquier cosa por olvidarse un poco de él. Incluso llevaría a un investigador desesperado por información a una casa abandonada para después divertirse con su vida. Lo peor sería que, sabiendo la historia de aquel sitio, respondiera algo peor.

Lo tuvo claro en ese mismo instante, abandonaría esa vía de investigación. Se estaba arriesgando demasiado; encontraría otro camino para llegar hasta Mary Beth. Dejaría de remover la mierda, comenzando por levantarse de aquel sillón podrido e irse de ese sitio terrorífico. A pesar de todo, no quiso marcharse sin despedirse.

—Este no es el sitio ni el instante. Otro momento será el elegido para dialogar.

—¿Ya te vas? —La pregunta vino desde el fondo de la habitación, como si estuviera en un pasillo contiguo o detrás de una puerta— Si hace un santiamén que has llegado. Alguien me ha dicho que vendrías a visitarme.

Charmaine permaneció callado. Estaba sorprendido, estupefacto incluso. No sabía muy bien qué decir. La voz era de una chica joven. Era como si estuviese en la sala, pero algunas palabras procedían de una esquina de la habitación y otras de otra. No era como otras veces, el murmullo de un gentío se escuchaba de fondo. Algunas frases las entendía, otras eran imposible. Estaba en una concentración de almas.

—¿Te has quedado mudo? —siguió la chica.

—Lo siento —respondió el investigador con una tartamudez producida por el miedo—, pero... no sé qué decir. Es la primera vez que hablo con un espíritu de esta manera. No estoy acostumbrado a conversar con ustedes tan continuamente, y menos, con varios.

—Pues tranquilízate, te irás acostumbrando. Tenemos mucho de qué hablar, ¿o no quieres que te cuente lo que has venido a escuchar?

—Sí, sí... por supuesto. —Charmaine seguía tenso.

—¡Perfecto! ¿Por dónde quieres que empiece?

—No lo sé, por ejemplo, diciéndome quién eres... ¿te parece?

La chica guardó silencio. El runrún de voces se convirtió en un ruido ensordecedor. Era desesperante. Tenía que haber un centenar de almas en aquel sitio y, casi con total seguridad, una malvada: la del terrateniente. La temperatura bajaba, el vaho era la muestra de ello. Un olor fuerte aumentaba de forma gradual, como si estuvieran quemando alguna clase de resina.

Charmaine sentía que el peligro lo rodeaba por momentos. Pensó en huir, pero, a esas alturas, ¿de qué serviría?

—¿En serio? —respondió ella finalmente con una risita ahogada— ¿Y si te dijera que soy Mary Beth? —La voz de la chica se sobreponía sobre el molesto murmullo.

—Te preguntaría que dónde está tu cuerpo.

—Vaya, ¿así, tan... tan... insensible? ¿no sentirías pena?

—Más bien sentiría alivio por saber la verdad y eliminar la duda de la vida de sus padres.

—¿La duda de la vida de sus padres? ¡Oh, que tierno! ¡Vaya, me equivoqué, sí que eres sensible! —La chica rio de nuevo— Veremos si esa bondad te sirve al

final de todo esto...

—¿A qué te refieres? —Charmaine se envalentonaba, conforme más hablaban más confianza cogía. Pero la chica no respondió y las demás voces aumentaron de volumen— ¿Eres Mary Beth? —La risita ahogada resaltó de nuevo entre el murmullo. Aquello se alargaba y el peligro continuaba presente. Tuvo una idea: escucharla— Esta bien, ¿por qué no me cuentas tu historia?

—¿Desde el principio? —La chica se pronunció impaciente, como si no hablara con nadie desde muchísimo tiempo.

—Desde el principio.

—De acuerdo, tú lo has querido. Acomódate. —Eso sonó a historia larga. Charmaine se maldijo por dentro—. Entonces empezaré cuando me di cuenta de lo que de verdad me gustaba, con dieciséis añitos. Verás, un tío bastante agradable me presentó a su regaderita rosada y me indicó dónde había que meterla. Si te digo la verdad, fui yo quien lo seduje, porque noté que cuando se me acercaba se le marcaba un bulto en el pantalón por la parte de la entrepierna. No pongas esa cara, si no hubiera sido él, habría sido cualquier otro, porque yo era así por naturaleza. Me llevó a su casa y nos hartamos de jugar. Cuando me monté en lo alto de él y estaba venga galopar, venga galopar, su mujer entró en la habitación y nos pilló de pleno. Él me la sacó a toda prisa, pero ya estaba demasiado a punto y se corrió por toda la alfombra. No sé si la cara de la mula de su mujer era por la estampa que se encontró, o porque hacía años que no veía ese chorro lechoso de su marido. Ahora que lo pienso, creo que él tampoco. Al menos antes de que yo apareciera. Pero a mí me gustaba de todas las maneras. Cabalgar digo, no aquel tipo. Es una gran ayuda cuando gozas con tu trabajo. Vaya, que cara. ¿Acaso no sabías que era una zorra, un pendón, una puta?

La chica hablaba sin pesar alguno, ni tristeza ni dolor. Eso tranquilizó al médium.

—No, no lo sabía —respondió.

Una sonora carcajada retumbó en las paredes.

—¡Tampoco es tan malo! ¡Si es el oficio más antiguo del mundo! Hay muchísimas de nosotras por aquí...

—Supongo que a todas ellas les ocurrió lo mismo que a ti... que un cliente se pasó de la raya y se le fue el asunto de las manos, ¿no? —el médium decidió ir al grano.

El aire de tranquilidad de la muchacha desapareció.

—No fue así como ocurrió. Yo no lo busqué. No era un cliente, solo me hizo un favor y me gustó. De todas formas, no era eso lo que quería de mí, al menos

no de ese modo.

—Lo siento. —Se apresuró a decir Charmaine—. No pretendía ofenderte. Pero si estás aquí, es que tu asesino no ha sido encontrado. ¿No crees que es injusto?

—Posiblemente sea por eso por lo que sigo aquí... contigo. No sabes cómo me gustaría que dieran con él y le dieran su merecido. Intentaré ayudarte, pero no sé si lo recordaré todo.

—No los sabrás hasta que lo hayas intentado —insistió Charmaine. Algunas piezas del puzle se posicionaban en el sitio correcto.

Un suspiro rebotó de una pared a otra igual que las risas. Parecía ser la manera con la que la chica expresaba que su tiempo se consumió para no volver. Pero enseguida se alegró.

—Y aquí me tienes, hablando con un hombre, y por primera vez no me pregunto qué llevará en los pantalones. En la parte delantera y en el bolsillo trasero.

—¿Siempre fue por dinero?

—¡Claro que no! Muchas fueron por placer, ya te he dicho que me di cuenta muy jovencita lo que me gusta, o gustaba —suspiró de nuevo.

—Perdona, segura que has escuchado esa pregunta más de una vez.

—Tranquilo, todos los hombres quieren saber la opinión de una profesional, todos menos aquel. —La tonalidad de la voz se entristeció—. No se sintió intrigado. Nunca mostró interés, quizás fue eso lo que me gustó.

—Cuéntamelo —pidió el investigador con inquietud.

Así hizo la joven.

«Un viernes por la noche me fui de marcha. Como trabajaba por mi cuenta, era dueña de mi tiempo. Nunca necesité a ningún chulo para conseguir clientes y se llevara ese famoso porcentaje. Aparentaba mucha más edad de la que tenía y estaba muy buena; los chicos me venían como moscas. No sé cómo acabe en una disco a las tres de la mañana a más de ocho kilómetros de mi casa. A esa hora ya estaba un poco pasada, no sé cuántos cubatas me tomé. Cuando fui a darme cuenta, no tenía dinero para un taxi. Así que retome una táctica que nunca falla, convencer a algún joven para que me acompañara a casa con la esperanza de meterme mano y, si me gustaba, quien sabe si se iba a casa con una sonrisa de oreja a oreja. En esa ocasión, elegí mal. No era nuestro hombre, pero el tío parecía un pulpo. En cuanto me subí a su coche, dejó aparte la actitud amable y preocupada. Ni conducir podía de tanto babear. Quería detenerse en cada callejón para echar un polvo. Yo le seguí la corriente, al menos hasta que me

llevara a casa, pero ni mucho menos tenía intención de tirármelo, ese tipo no me gustó nada. Dijo que conocía un sitio cerca de la autopista y se desvió antes de que yo pudiera decirle que no. Aparcó en una zona de descanso, debajo de unos árboles, y entró en acción. Le di un buen rodillazo en sus partes. Cuando estuvo en condiciones de volver a conducir, me dejó ahí plantada. Fui andando hasta la gasolinera más cercana, que por suerte estaba a apenas quince minutos. Me tomé un café para que se pasara la cogorza que llevaba todavía. No estaba nerviosa ni nada parecido, no era la primera vez que trataba con alguien así, y menos con el trabajo que tenía. Después, llegó un tipo. Así lo veía yo, como un tipo normal. Un hombre que venía de lejos y que había parado para entrar el servicio, espabilarse con un café o, simplemente, estirar las piernas. No recuerdo que aspecto tenía, había poca luz y soportaba sobre mis hombros aún el colocón. Pero vamos, eso, que lo vi como un tío normal y corriente. Le hablé, pero en realidad ni lo miré, ¿sabes? En fin, de verdad, que no me pareció un tipo raro ni nada por el estilo. Le pregunté hacia donde iba.

—¿Adónde quieres ir? —Me contestó. Tenía una voz amable.

Le dije dónde vivía y él me comentó que conocía el sitio. Ante todo pronóstico, aceptó a llevarme. Me gustó ese gesto, para que te voy a engañar. Me gustó aquel tipo. Pensé que, quizás, aquella noche tendría un final feliz. Salimos de la cafetería y nos fuimos al aparcamiento. El tío estaba tranquilo, no tenía prisa. Con él me sentía segura. En realidad, no había pensado en nada malo. Cuando nos acercamos a su coche lo flipé. Tenía un pedazo de camioneta oscura con los cristales tintados en negro, ¡con lo que me ponen las camionetas! El tío normal y corriente, cada vez me gustaba más. Ya me veía echando un buen polvo en ese bicharraco, escuchando el sonido de los amortiguadores mientras botaba en aquel tipo. Pero nada más lejos de la realidad. Cuando nos montamos me dijo que esperara un momento, que tenía que mirar una cosa en la parte de atrás. No me di cuenta como entró por la ventana trasera. Me rodeó el cuello con un brazo que parecía de acero y con la otra mano me colocó algo sobre la cara. Inspiré hondo para recuperar el aliento y todo lo que obtuve fue cloroformo. Pataleé y combatí, pero tenía una fuerza enorme... y después me dormí... Que tonta fui. Cuando desperté estaba tendida aquí misma, en esta casa abandonada. Tenía mucho frío, estaba amoratada y el cloroformo me provocaba náuseas y mareo. Supe en ese instante que estaba metida en un lio, de hecho, en un gran lio, en el mayor lio. Deseaba estar en mi casa, junto a mi padre y mi madre. Los pobres no sabían ni que me gustaba ser puta, ni que me escapaba por la ventana, ni que metía en mi habitación a clientes cuando no estaban en casa. Aquel tío iba a

obtener de mi cuanto quisiera. Incluso matarme. Había visto su camioneta y con un poco de esfuerzo lo describiría; todo estaba en mi contra. Yo ya era historia. Me incorporé y me abracé para entrar en calor, pero los efectos del cloroformo me habían debilitado. No tenía fuerzas para nada. Segundos después, escuché unas voces en una habitación contigua. Era una conversación entre tres o más personas. Discutían. Luego, una figura oscura apareció por ese pasillo y vino a por mí. Ahí me di cuenta de que ese tipo era enorme. Llevaba en la cara la máscara de un cerdo con dos coloretos en las mejillas y un largo abrigo de pana que se quitó al llegar a mi altura. Estaba desnudo, excepto por un cinturón de herramientas. Noté que llevaba algo enganchado por atrás.

—No..., no tiene por qué haber violencia. —Le dije—. Podemos hacerlo como tú quieras. —Me desabroché la blusa y me subí la mini para que me viera las braguitas de encaje.

Vi sus ojos parpadear como pedazos de carbón ardiente a través de la máscara.

—¿Cómo yo quiera? —repitió mis palabras.

—De la forma que tú quieras. Y juro que te lo pasarás bien. Sólo te pido que no me hagas daño. Puedes fiarte de mí. Después no diré una palabra. —Mentí como una cochina, claro. Quería vivir.

—Quítatelo todo. —Me ordenó, jadeando.

Dios santo, en esa voz y en esos ojos no había ni una pizca de alma. Sentí lo fuerte que era, y lo extraño y diferente.

—¡Deprisa! —gritó, con un gruñido.

Tuve que hacer lo que me pidió, quería tenerlo contento. Pero los dedos no me respondían. No podía quitarme la ropa. Se apoyó sobre una rodilla y vi lo que colgaba de su cinturón... ¡era un gancho para la carne! Me bloqueó el miedo. Escuché una diminuta risa maléfica mientras desenganchaba la herramienta del cinto. Entonces, con aquel gancho me arrancó la chaqueta y la blusa. Después me lo colocó en la cintura de la falda, tiró hacia abajo y me rompió la correa de plástico y la tela. Las bragas las destrozó de la misma manera. Solo pude acurrucarme. Pensé que lo siguiente en destrozarse con aquel gancho sería mi piel, mi cuerpo, mi ser al completo. Pero no lo hizo. Al menos, no con el gancho. Debía facilitarle las cosas para facilitármelas a mí. Me abrí de piernas y que Dios me perdone, intenté sonreír.

—Está todo aquí. —Le dije. Mis palabras temblaban por el terror igual que yo—. Todo para ti.

—¿Eh? —rumió. Me miraba mientras su enorme pene apuntó hacia arriba

como si tuviera vida propia— ¿Todo para mí? —Y sonrió. Y desenganchó otra de sus herramientas.

Era una cuchilla de afeitar.

—¡Dios mío! —exclamé con un hilo de voz, porque ya no controlaba el miedo. Me acurruqué más aún, tratando de ocultar mi desnudez. Pero aquel tipo que parecía ser normal, que pronto sería mi asesino..., solo se limitó a reír.

—Eso, tápate —murmuró. Escuchaba como su lengua relamía sus labios a través de la máscara de cerdo—. Tápate toda, nena. Porque no quiero el asqueroso agujerito por el que follas. ¡Yo me hago mis propios agujeros!

Se abalanzó sobre mí. Y después... y después...».

—Ya está bien. —Charmaine no podía soportarlo más. Tenía la voz quebrada—. Ya me has contado bastante.

La chica lloraba por su alma mutilada. Su personalidad risueña quedó aplastada por los recuerdos.

—¡Me..., me destrozó el cuerpo! —sollozaba— ¡Me hizo agujeros! Y después, cuando ya estaba muerta, sentía cómo gruñía encima de mí y me hacía daño. No está bien que alguien pueda hacerte daño después de que te hayas muerto.

—Tranquila, vamos, tranquila. —Era todo lo que el médium podía decir.

Tras unos instantes se tranquilizó. El runrún de voces volvió.

—¿Te has enterado de todo? —La voz de la joven regresó, como al principio.

—Sí, no se me ha escapado nada. —Había llegado el momento. Charmaine quería saber más— ¿Quién... quién eres?

CAPÍTULO 8

«¿Cuánto tiempo lleva ahí dentro? No sé qué hacer ahora. ¿Entro? No, mejor voy a esperar. ¿Cómo iba a pensar que este tío habla con los espíritus? Parece imposible que haya averiguado lo de esta casa, pero ahí está el cabronazo. Pobre Roy, ¡esto le pasa por meter las narices donde no le llaman! Soy capaz de entrar... No, joder, espero a los demás. Como ha quedado mi camioneta, voy a limpiarla mientras espero. Si no ha llegado nadie cuando acabe, entro en la casa».

Escoció. El nombre que escuchó Charmaine escoció tanto como alcohol en una herida abierta. Las lágrimas surgían de sus ojos sin control.

—Pero, pero... ¿Cómo es posible? No debes estar aquí. Te encontramos, tienes que estar en paz. ¿No es así? Sacamos tu cuerpo de aquel pantano. ¿Acaso no eras tú? No entiendo nada. ¿Qué haces aquí? Después de todos estos años... no lo entiendo.

Las preguntas surgían sin parar en la mente del investigador. Necesitaba comprender lo que pasaba. Todo cambió. Aquello se convirtió en algo personal. Sintió que lo habían manipulado para llegar hasta allí y desenredar todo ese embrollo.

—¿En paz? Solo estaré en paz cuando ese maldito perro este aquí, a mi lado. Ojalá algún día pueda abandonar estas paredes y dirigirme a otro sitio. Pero me da la impresión de que eso no ocurrirá hasta que quede tranquila. Hay varias como yo por aquí, con las mismas señales en nuestro maltrecho cuerpo. Ojalá pudiéramos poner nuestras manos sobre ese miserable, pero sabes a la perfección que nos pasa si intervenimos en el mundo de los vivos.

—Os quedáis para siempre como almas errantes... hambrientas...

—Así es, por eso necesitamos a alguien que nos ayude, que nos escuche... alguien como tú. Vivo

—¿Necesitáis? Entonces... ¿Melanie? —preguntó Charmaine, extrañado.

Se hizo el silencio y volvieron los insoportables murmullos. Seguían siendo insoportables, incluso más que al principio. Quizás, ser consciente de que lo manejaban una sociedad de espíritus influía en su percepción.

—¿Crees que Melanie destrozó al miserable de Jimmy por su propia voluntad? Fue algo meditado. ¿Por qué si no lo hizo contigo en aquel lugar? Podíamos haberlo eliminado en cualquier momento. Pero Melanie se sacrificó. La pobre ahora no es más que otro enemigo para nosotros del que tener cuidado.

Menos mal que te tomaste esa agua bendita; se nota que sabes lo que haces. Nos tienes que ayudar, incluso parte de mí se está sacrificando por hablar contigo. Solo queremos ser libres.

Para Charmaine era complicado entender todo aquello. Aunque su facultad lo diferenciaba del resto de los mortales, no era ni más fuerte ni más veloz que los demás, algo más inteligente que la media, pero ya está. ¿Qué querían que hiciese por ellas?

—Aparte de ir a las autoridades, no puedo hacer gran cosa por vosotras —informó, apesadumbrado—. Y será complicado que me crean.

—¿Quién ha hablado de las autoridades?

Ahí estaba. El motivo de todo. Los espíritus se querían vengar de su asesino. Charmaine se encontraba en una encrucijada que le impedía seguir hacia adelante. Entendía la sed de venganza que tenían, pero no quería ser utilizado para llevarla a cabo; sabía perfectamente cuál era su papel en todo ese propósito.

—No soy un asesino —dijo el médium, atrevido. Fue un comentario valiente, pues contrariaba a los intereses de su interlocutora. Sabía que el atrevimiento que mostraba no se reflejaba con la realidad, aun así, esperaba una buena reacción—. Nunca he matado a nadie, y espero seguir así para siempre

El runrún que ascendía cuando el espíritu se callaba lo volvería loco de un momento a otro; no lo soportaba. Quizás se mantenía en silencio para eso mismo, para quebrarle la paciencia. Una tortura en toda regla.

—¿Por qué no hablas? —continuó, derrumbado— Lo siento, de veras. Mil veces que lo intentara mil veces que fallaría. Se que deseáis vengaros de vuestro asesino, pero no soy yo quien debe hacerlo. Porque no soy capaz. Además, mi misión es otra. Mi misión es encontrar a Mary Beth.

—¿Mary Beth? Nunca sabrás donde está, te lo aseguro. Si está viva o muerta, en un lado o en otro, hambrienta o no... ¿Y si te dijera dónde está? ¿Nos ayudarías? ¿Y si te dijera que está aquí con nosotras? ¿Qué pasaría si su cuerpo fue mancillado por el mismo hombre que nos torturó? ¿Qué harías? Su alma encerrada entre las rendijas de un lado y otro, esperando que alguien la libere. ¿Serás tú ese alguien? —Sin duda, el poder de convencimiento que poseía aquella chica era sobrecogedora— Toda tu vida ayudando ¿para qué? Siempre has encontrado a las víctimas muertas. ¿No es así? —Charmaine titubeaba— El rastreador de muertos, ¿así te llaman? No puedo decir que no sea original, porque lo es, pero a ver... ¿Qué significa? ¿Me lo dirías? Lo de rastreador de muertos, ¿qué significa?

Si la intención de aquel espíritu era desalentar al investigador para después

disuadirlo, funcionaba. Charmaine era un manojo de nervios, la conversación lo estaba superando por completo. Cada palabra del espíritu era un puñal en toda regla clavándose en su espalda

—Significa que encuentro a todas las víctimas muertas. Nunca encuentro a una viva —respondió el médium, entristecido. Se hundía en aquel sillón destrozado como si el cojín donde reposaba su trasero fuera una verdad absoluta que se lo tragaba poco a poco.

—Y por una vez... ¿no te gustaría hacer algo bien? —La chica insistía, convincente.

—Pero yo... yo..., no soy un asesino.

—¡Ayúdanos! —La estancia retumbó. La voz era una extraña mezcla de ira y súplica.

Más lejos de temer aquel suceso paranormal, el médium cedió a la insistencia. «¿No te gustaría hacer algo bien?», eso fue lo que dijo. ¿A qué se refería? ¿Se refería a Mary Beth? ¿O acaso era otro juego cruel y mentiroso para intentar convencerle? Sea como fuere, funcionaba. Tenía razón, encontró a todas las víctimas muertas. Y por una vez, solo por una vez, no solo le gustaría, sino que le encantaría hacer las cosas bien.

Puede que todo estuviera dentro del contexto manipulador de aquel espíritu, pero ¿y si no fuera así y Mary Beth seguía viva? Se lo diría. Después iría a por ella, y la encontraría, y la llevaría hasta la sombra de lo que antes eran sus padres... viva. Sonaba tan bien. Ya no sería el rastreador de muertos, eso se acabaría, más que nada, porque llegó hasta Mary Beth y la trajo de vuelta respirando.

Sí, sonaba bien. Solo tenía que hacer una cosa: asesinar a un asesino. ¿Por qué no? Era un ser cruel más inhumano que humano. Se merecía más que cualquiera de sus víctimas estar en ningún lugar. También sería un bien para las almas de sus víctimas, un bien para sus futuras víctimas, un bien para Mary Beth... y un bien para él. Se convenció, y no poco, de hecho, se fascinó por la idea

—Lo haré —dijo finalmente, convencido— Lo haré, lo haré, lo haré, ¡lo haré!

—No sabes lo que me alegra oír eso. —La joven se pronunció entre lo que parecían ser sollozos—. Gracias a ti ese miserable tendrá su merecido y nos iremos de este lugar. Gracias.

—No tan rápido —interrumpió Charmaine, contundente—. Si hablas de hacer las cosas bien, empecemos por lo primero: ¿Dónde está Mary Beth?

—Mary Beth, claro. —La tenacidad y convencimiento habían desaparecido. Era más sumisa, parecía que el espíritu obedecería cualquier orden de Charmaine —. Mary Beth está...

De súbito, como si el destino estuviera aburrido, quiso jugar con ese instante: el chirrido molesto de la puerta de entrada interrumpió y dio paso a un silencio apresurado. Unos pasos pesados iniciaron un avance lento hacia el punto luminoso de la linterna que sostenía Charmaine. La voz desapareció junto al runrún odioso. Habían desaparecido como la información tan valiosa que estaba a punto de recibir. La luz de la linterna apenas alumbraba a un par de metros, era imposible reconocer a la persona que había entrado en la casa

—¿Quién anda ahí? —preguntó, temeroso.

Lo único que veía era un voluptuoso cuerpo aproximándose. Sin esperarlo, se desvió a una esquina de la habitación y encendió una pequeña lámpara que había en el suelo. La luz fue como una explosión entre tanta oscuridad que cegó al investigador. Poco a poco, su vista se acostumbró al nuevo estado hasta recuperar su máxima efectividad.

—Señor McReady —dijo al ver al grandullón—. ¿Qué hace aquí? ¿Y el señor Temmpórt?

Luck se incorporó sin hacer caso a las preguntas. Miraba a todos lados, a las paredes, a los rincones, al techo. No veía nada. Estaba inquieto.

—Señor McReady —repitió Charmaine con más calma— ¿Y el señor Temmpórt? —siguió sin obtener respuesta. Luck movía la cabeza de un lado a otro como una mosca— ¡Señor McReady! —gritó, funcionó. Llamó la atención del grandullón— Temmpórt...

—Roy está en la camioneta —contestó y avanzó un par de pasos hasta situarse en medio de la habitación— ¿Está hablando con alguien? —preguntó a continuación sin abandonar su inspección.

—Sí.

Luck detuvo su búsqueda eléctrica y clavó mirada perturbadora en el rostro de Charmaine.

—¿Es mi Mary Beth? —preguntó intercalando las palabras, como si no las quisiera pronunciar.

—No.

—Y... ¿Quién es?

—Es alguien que nunca me esperé encontrar. Ella está a punto de decirme donde está...

—¡No te enrolles, loco del demonio! —interrumpió Luck con agresividad.

Adoptó una postura amenazadora. El investigador dio un bote en el sillón con aquel grito tan violento como inesperado.

—Es... Laura Arenas.

Un estremecimiento golpeó cada centímetro del cuerpo de Luck. De todas las respuestas que podía esperarse, esa era la última. Inició de nuevo la inspección de la habitación. Movía la cabeza de un lado a otro con movimientos bruscos y rapidísimos, esperando ver algo o a alguien.

Aquella contestación causó un shock en Luck. Charmaine pellizcó el brazo del sillón maltrecho. ¿Qué estaba pasando? Una atmósfera de tensión dominó la habitación. Hasta que la explosión de una gota en el suelo sucedió. El investigador la escuchó con claridad. Después otra, y otra, y otra...

Podía ser una filtración de agua en el techo de la desastrosa casa, pero ¿por qué no la escuchó antes? A lo mejor era una treta de los espíritus, pero ¿para qué? No tenía sentido. Charmaine se concentró. Condujo el hilo de su linterna hasta el sonido repetitivo, ya que la lámpara apenas alumbraba la esquina donde estaba.

Ese ruido comenzaba a ser tan molesto como el runrún de almas. Movía el pequeño foco de un lado a otro, le era imposible dar con el origen. Incluso sentía que escuchaba antes su respiración que las gotas. Pero estaban ahí. De súbito, un susurro que viajó por su nuca le puso todos los vellos de punta.

«No dejes de buscar».

Fue Laura Arenas. Siguió su recomendación. Cerró los ojos y se concentró. Su mano dirigió la luz hasta el punto exacto; escuchaba aquel goteo como si lo tuviera al lado. Al abrir los ojos, su respiración se aceleró, su corazón arreaba latidos sin control, un tembleque incontrolable se inició por todo su cuerpo: las gotas formaban un pequeño charco entre las piernas de Luck.

Con un mínimo resquicio de razonamiento que le quedaba, el médium observó la lámpara de la esquina. Era pequeña, muy pequeña, de esas que se ponen en las mesitas de noche más para adornar que para alumbrar. Nadie daría con ella a no sea... que tuviera conocimiento de su existencia.

—Señor McReady —dijo como pudo—, ¿cómo sabía que esa lámpara estaba ahí? —No obtuvo ninguna respuesta. El goteo llamó otra vez su atención; decidió ver la procedencia del líquido— ¿Recuerda la historia de la chica que encontramos en un pantano? —La luz de la linterna ascendía con lentitud— Se llamaba Laura Arenas, ¿lo recuerda? —El sonido de las gotas al caer continuaba, tragó saliva— ¿La conocía? —La luz llegó a la cintura del grandullón. Charmaine no necesitó buscar más: las gotas procedían de un gancho de

carnicero que le colgaba de un cinturón de herramientas.

—Sí, la conocía —contestó Luck. Sus palabras estaban desprovistas de alma y la mirada que clavó en Charmaine cargada de demencia—. Me traje esa lamparilla para verla mejor, no podía estar con ella a oscuras ¿no crees? — Agarró el gancho con una mano y lo levantó como si fuera un trofeo que entregan al ganador de un torneo. Después hizo un par de movimientos con él, como si fuera un estoque y se preparara para un duelo.

El líquido que bañaba al gancho se esparció por toda la estancia. Unas gotas fueron a parar al rostro del médium. Sobrecogido, se limpió con la yema de los dedos y lo observó, era sangre. Ojeó de nuevo a Luck, que hacía unos movimientos irracionales con la terrorífica herramienta, como si trinchara a cerdos colgantes imaginarios.

—¿Y... y... Temmpórt? —acertó a preguntar, como si le hablara a la mismísima muerte.

—Ya te he dicho que está en la camioneta —respondió sin perder la concentración en su tarea de trinchar cerdos.

«Es él, ese es el miserable», el susurro de Laura llegó como si estuviera detrás del sillón.

CAPÍTULO 9

«Me encanta este gancho, ¡me encanta, me encanta! Que buenos momentos me ha hecho pasar. Y los que quedan. Es la herramienta más útil que he tenido en mis manos; estos carniceros saben bien lo que hacen. Trinchan así, y así, y así... luego tiran así, y así, y así... Trinchan y tiran, trinchan y tiran. Desde luego, causa un miedo de cojones. Cuando recuerdo las caras de las niñas mirándome aterrorizadas aún se me pone dura... ¡me encanta! ¡me encanta! Y la máscara de cerdo es genial. Por cierto, mierda, se me quedó en la camioneta, y tengo que dar cuenta de Charmaine. Este tío está más loco que una cabra. ¡Qué buen rato voy a pasar con este chiflado!».

¿Se podía oler la muerte? ¿Y escucharla? ¿Y tocarla? La representación más clara de la extinción de la vida estaba en medio de una habitación abandonada, de una casa abandonada, en un sitio abandonado. No llevaba ninguna túnica oscura con una capucha que tapara su cara esquelética, ni una guadaña para segar almas, llevaba un gancho de carnicero chorreando en sangre.

El escenario dantesco sobrecogía por sí solo, y más, si se sabía la verdad. El destino de aquella casa era el dolor, igual que su pasado. Siglos atrás era un terrateniente despiadado el que infligía con una fusta bañada en sal un sufrimiento sin igual, y en el presente era un empleado de una fábrica constructora con un gancho de carnicero el que representaba sin pudor al asesinato y a la tortura.

Sea como fuere, la fatalidad engalanaba la atmósfera de la hacienda. Se respiraba padecimiento, se olía la sangre reseca, se sentía el miedo. Un miedo tan diferente como añejo. Un temor que llevaba allí tantos años que parecía haber nacido con el principio de todo. Un pánico, ese pánico, capaz de inmovilizarte nada más pensar en el motivo que lo produce.

Eso le pasó a Charmaine. Ningún músculo de su cuerpo respondía. Después de haber presenciado cientos de escenas con entes del más allá en las que una persona se derretiría por la impresión, era un ser vivo el que verdaderamente le infundía el mayor de los terrores.

—Así que Laura Arenas, ¿eh?

Nada más escuchar al asesino, un espasmo lo volvió a la maldita realidad; su cuerpo retornó. El mismo miedo que lo inmovilizó, reactivó su capacidad motora. Eso no significaba nada, seguía ahí. El estómago encogido y ese tembleque peculiar le recordaban que seguía ahí, que el pánico no se había ido.

—Sí —respondió Charmaine con la boca reseca. McReady continuaba con sus movimientos imaginarios de trinchar cerdos. Pensar que pronto sería la pieza de carne con la que jugaría, le dejó la lengua seca.

—Ajam. ¿Y qué te ha dicho?

Una chispa abrasadora nació entre las costillas del investigador. No sabía si era un indicio de valentía o el presagio de la desgracia que estaba por venir. Las gafas le resbalaban por la nariz. No le hizo cuenta al cosquilleo producido por una rauda gota de sudor que descendió hasta su barbilla. Respiró hondo.

—Que te mate.

McReady se detuvo en seguida. Quedó inmóvil, parecía que ni respiraba. Era una escultura de carne y hueso que representaba al mal más absoluto. Giró la cabeza hacia el médium con una lentitud tan lenta que flagelaba todos sus nervios.

Después, otra vez inmóvil.

Y después, dibujó con la misma parsimonia una ligera sonrisa con la comisura de la boca.

Y después... sonrió.

Inició una serie de risotadas perturbadoras que aumentaban de volumen conforme más reía. Se dejó caer al suelo dominado por una endeblesz producida por sus incesantes y exageradas carcajadas.

—¿Qué me mates? —preguntó tras tranquilizarse un poco— ¿Y por qué no lo hace ella? ¿Todavía me sigue teniendo miedo esa zorrilla? Si la hubieras visto. Ni si quiera peleó. Solo... se dejó llevar. Me hubiera gustado un poco más de resistencia, ¿sabes? —Se levantó del suelo como si hubiera realizado un gran esfuerzo— Bueno, mentiría si dijera que no me divertí. El problema es que no le dejé nada a los demás. Vamos, Charmaine, no pongas esa cara. Sabes perfectamente que no estoy solo en esto. Ya se encargó el chivato de Jimmy de proporcionarte esa información, ¿recuerdas? Señaló a los desgraciados gordos asquerosos. Como le hayan hecho algo a mi Mary Beth les trincharé como a todas las putas que me he cargado.

¿Desgraciados gordos asquerosos? Tenía razón. Antes de que adoptara la forma esperpéntica de una L, el dedo de Jimmy señaló el retrato de Canouse y Payne, los desgraciados gordos asquerosos. Luck soltaba prenda, y aunque aún no había dicho nada de lo que interesaba al médium, se acercaba al paradero de Mary Beth.

La punta ensangrentada del gancho carnicero ansiaba clavarse en alguna parte de su cuerpo y el investigador, consciente de la pesadilla que se

aproximaba, seguía interesándose por la hija del que sería su verdugo. Había cambiado. Laura Arenas lo había cambiado. Nunca le importó encontrar a todas las víctimas muertas... hasta ahora.

Charmaine tenía a un asesino despiadado en frente, sí, pero según lo que decía no era el asesino de Mary Beth. Con total seguridad, la iniciativa de Temppórt lo cogió por sorpresa, y fue un problema para él desde el principio. Y más problema serían las habilidades reales que manejaba; hablar con espíritus lo pondrían en una situación arriesgada.

De nada servía pensar en ello, ni en la extraordinaria teatralidad de McReady durante el transcurso de los acontecimientos. El camino a la verdad finalizaba en ese monstruo, pero no la más importante. Y Charmaine quería averiguarlo, quería hacer algo bien.

—Señor McReady, quisiera hacerle alusión al trato que hicimos hace poco. —La sonrisa macabra que dibujaba Roy en su rostro desapareció—. Le dije que le regalaría la verdad, y usted aceptó.

La respiración del grandullón era como la de un astado en la neblina secreta del amanecer. Rompía el silencio horrible que surgía entre conversaciones con una brutalidad angustiada. Limpió el gancho de sangre con un trapo reseco que sacó de una escarcela sujeta al cinturón; el trozo de tela representaba al mismísimo dolor. Meditaba. La reacción de aquel hombre sería tan inesperada como, seguramente, lamentable.

—Sí, es verdad —dijo Luck, su concentración seguía en la limpieza de la herramienta—. Todavía estoy esperando. ¿Cómo piensa cumplir ese trato?

—Solo existe una forma. —Charmaine se levantó del sillón—. Laura Arenas me lo dirá, pero usted debe morir.

Un último apretón con la tela reseca dejó el gancho carnicero como Luck quería. Guardó el trapo en su sitio y acercó la herramienta a la luz para observarla con detenimiento.

—Ha quedado perfecto.

Como si de una pose de combate se tratara, el enorme hombre se preparó para iniciar un castigo temible.

—Me decepciona, Charmaine. —El investigador pasó a ser el foco de atención de McReady—. Si piensa que voy a caer en esa trampa es que está usted más loco de lo que creía. Encontraré a mi Mary Beth por mis propios medios, se lo aseguro.

McReady no tenía ni idea de donde estaba su hija, eso quedó bien claro. Además, su intención había sido verdadera desde el principio y, quién sabe, si su

dolor también.

—Canouse y Elliot llegarán en seguida, no creo que tarden —continuó, Luck—. Ellos tienen que saber dónde está. Pronto se arreglará todo, y usted no estará aquí para verlo, o a lo mejor sí, pero al lado de la zorrita. Vamos, Charmaine. ¿Está llorando? Me va hacer reír otra vez, ¡qué bien me lo voy a pasar!

El médium se limpió las lágrimas. La cercanía de la muerte lo tenía en un estado nunca antes vivido. Sin embargo, por un momento, no hizo caso a la enorme amenaza. Se limitó a asentir a un lado de la habitación, como si aceptara un devenir no visto antes y que estaba a punto de suceder. Dejó de llorar.

—Señor McReady —pronunció con confianza renovada—, antes de nada, quiero comunicarle que nuestro trato se cumplirá. Le voy a dar la verdad, aunque para eso, como le he dicho antes, usted tiene que morir. —Luck negaba con la cabeza y sonreía con ironía al mismo tiempo. Le hacía gracia que el investigador aún creyera en esa posibilidad—. Si piensa que mis lágrimas han sido por el temor a morir bajo ese gancho perverso, está usted equivocado. He llorado porque hay alguien a mi lado, alguien que ha decidido su destino para la eternidad.

Era inevitable ceder ante las fuerzas del más allá habiéndolas contemplado en primera fila. Luck McReady sintió como una impresión helada recorría a toda prisa todos los rincones de su cuerpo. Una desazón aumentada por mil que, en el periodo de tiempo que transcurre un latido del corazón, lo golpeó repetidamente hasta que tragó saliva en un intento por comprender lo que pasaba.

—¿De qué estás hablando, Charmaine? —preguntó aborrecido por el miedo— ¿Quién está a tu lado?

—Antes de nada, he de explicarle una cosa. —Los ojos desorbitados de Luck parecían que se iban a salir de sus cuencas ante la tranquilidad asumida por el médium—. No sé si recuerda lo que les ocurre a las almas que deciden intervenir en la vida real. Se quedan en los límites del todo y la nada, en las mismísimas fronteras de un lugar y otro. Ahí es donde hay que temerlas, porque son manejadas por un hambre que no pueden controlar. Pierden todo sentido por lo que han sido, son o serán. Simplemente, sacian su hambre. —Se cruzó de brazos. Observaba como el grandullón asumía su explicación de forma alarmante—. El problema para ellas es decidir si merece la pena ser ese ente malvado sin ningún sentido. Pues para algunas... sí, merece la pena. Y una de ellas es la que está aquí a mi lado.

Luck miró a su gancho. Había visto con sus propios ojos lo que era capaz de hacer un alma errante. ¿De qué serviría su arma torturadora ante algo así?

—¿Quién se encuentra a tu lado? —preguntó con la respiración entrecortada.

—El señor Temmpórt —respondió Charmaine, apenado.

—¡Es imposible! ¡Hace apenas quince minutos que le he cortado el cuello!

—Señor McReady. Roy va a matarle. Así, Laura me dirá dónde está su hija Mary Beth.

En un ataque de ira incontrolable, Luck avanzó hacia Charmaine con las peores intenciones. No llegó a su objetivo. Como si sus muñecas estuvieran encadenadas a la pared, paró en seco.

—Pero ¿qué? —expresó el grandullón, completamente perplejo—
¿Charmaine? ¿Qué es esto?

—Su fin, señor McReady.

El gancho calló al suelo, sin la mano que lo manejaba era un trozo de hierro inservible. Luck estaba entregado a las fuerzas que lo sujetaban. Se arrodilló, subyugado a su amo invisible. Al final, el irremediable cambio de rumbo tomado por los sucesos, finalizó con la información tan deseada por el investigador. Laura Arenas, con otros de sus susurros, le comunicó el paradero de Mary Beth.

—Antes de que el señor Temmpórt inicie el principio de su final, me gustaría cumplir nuestro trato —comunicó Charmaine al abatido grandullón—. Su hija está viva, señor McReady. —La cara de Luck adoptó la sorpresa como si siempre la hubiera poseído—. Pero no fue ninguno de sus socios quien la secuestró, sino Pablo Arenas, el padre de Laura.

Un arrebató desmesurado proveniente de la desesperación más desesperada, accionó los músculos y articulaciones de Luck. Por un momento separó sus rodillas unos centímetros del suelo, pero al instante, todo su cuerpo se vio presionado por una gravedad incomprensible. Los gritos que expulsaba dejaban al descubierto la rabia que contenía aquel hombre encolerizado. Hasta que cedió; sus fuerzas no podían competir con las de su adversario. Dejó de ser el que manejaba la marioneta para ser la marioneta en todos sus sentidos. Sus resistentes huesos eran en ese momento de cartón, y su carne, cartulina húmeda.

Lo único que poseía era una cordura removida por sus despiadados asesinatos. Había que reconocer que ni siquiera esa crueldad lo apartó del amor procesado por su hija.

—¿Mi niña viva? —Se repetía después de quedarse sin energías— Después de todo, ¿está viva? ¿Por qué ese hombre me ha hecho esto?

—Por lo mismo que usted hizo a Laura Arenas —respondió, Charmaine—. Ese hombre, a sabiendas de que era el principal sospechoso del asesinato de su hija, se escondió. Hasta que fue la propia Laura la que le dijo la verdad, le dijo lo

mismo que a mí: tenía que matarle para seguir adelante. ¿Quién si no sería la persona ideal para hacerlo?

—¿Y por qué no lo hizo? —La voz de McReady apenas fluía con naturalidad.

—Porque no es un monstruo como usted. Porque no todo el mundo es capaz de matar. Porque nadie disfruta con eso, aunque usted sea la excepción.

Un atisbo de decepción se cernió sobre el investigador. Instantes antes se recreaba en su intención de asesinarle, así haría algo bien. Dejó de pensarlo, ¿para que lamentarse? Si había algo por lo que sentirse mal era por la muerte del desdichado Temmpórt. La imagen de su alma sujetando al que era su amigo contra el suelo, lo demolía de arriba abajo.

Incluso después de muerto, el pequeño jefe no desistió en su búsqueda de Mary Beth y se entregó a la penitencia errante sin dudarlo. Su cuello rajado en línea paralela al suelo hacía que, a poco que se moviera, su garganta se abriera y cerrara como si fuera una boca vomitando sangre a la altura de la nuez. Su figura desaparecía y aparecía como si estuviera en una televisión sin apenas señal. Su rostro se convirtió en la pura expresión de la venganza.

—Es mío, Charmaine. Después, Laura te dirá dónde está Mary Beth e irás a buscarla —dijo Temmpórt con lo que parecían ser sus últimas palabras humanas.

CAPÍTULO 10

«Mi Mary Beth, ¿viva? ¡Lo sabía! Algo me decía que estaba viva. Te lo dije Elly, ¡te lo dije! Y tú querías que abandonara. Nunca la abandonaré, nunca. La tiene el padre de esa zorrilla, la secuestró para vengarse. Pero al final no ha tenido cojones de matarla, pues se va a enterar... le voy a hacer tantos agujeros como a la hija. Después, me iré con mi niña. Si me pudiera mover, solo tengo que levantarme e ir a buscarla. Si el enano era una mierda en vida lo será en la muerte. ¡Joder! Como aprieta mis brazos. ¡Joder, como duele! ¡Ah, mis brazos! ¡Joder! ¡joder! ¡joder!».

La figura del pequeño jefe descargaba una rodilla en la espalda de McReady, apretándole el pecho sobre el suelo. Agarró las muñecas del indefenso hombre y tiró hacia arriba. El forcejeo solo hacía imprimir más dolor a los brazos.

Al final, la resistencia de Luck cedió. El sonido seco de brazos al romperse y de los hombros dislocándose, atenazó los remordimientos de Charmaine. Y el grito de dolor, lo sentó de nuevo en el sillón con la mano en la boca.

El alma errante de Temmpórt lanzó al desarticulado cuerpo a la pared con tal fuerza que casi quedó cabeza abajo por un momento, antes de caer en la laxitud de la muerte.

—No hay mejor sitio para que este desgraciado muera. —La voz de Roy dejó de ser humana—. Su alma se levantará, y le haré sufrir por los días de los días. Después llegarán sus amigos, sus compañeros de juegos, los dos cerdos asquerosos. Y también daremos cuenta de ellos —finalizó con una ligera sonrisa siniestra.

—¿Daremos? —preguntó el investigador en voz baja, aterrado.

—Sí. Será mejor que se vaya.

El runrún de voces hacía tiempo que desapareció. La locura que producía en su mente no se asemejaba lo más mínimo a los sonidos que se produjeron a continuación. Eran latigazos. Por un lado, por otro. Se escuchaban lejanos, pero se aproximaban. Con cada aire cortado un grito de sufrimiento brotaba. Y después otro, y otro.

«El terrateniente, es el terrateniente con su fusta bañada en sal. Tiene que marcharse, Charmaine. Nosotras hemos quedado en paz. Algunas ya se han marchado, pero yo no quería hacerlo sin pedirle un último favor. ¿Podría despedirme de mi padre? Dígale que todo acabó, que estoy libre. Mary Beth se encuentra en...»

La despedida con lo que quedaba de Roy Temmpórt fue devastadora. A Charmaine no le dolió la poca sensibilidad mostrada por el espíritu corrompido del pequeño jefe, sino su destino. Una persona como él no merecía tal castigo, un ser que quiso a una niña más que su propio padre. De nada serviría un «adiós» o un «gracias», pues en ese momento la respuesta podría ser desconocida y peligrosa.

Aun así, Charmaine echó una última mirada atrás para observar al pequeño jefe esperando el resurgir de McReady para seguir con su castigo. Nunca olvidaría a aquel hombre, nunca.

Los caballos desbocados del motor de la camioneta de Luck, hacían complicada la conducción para Charmaine. La aparcó entre las sombras con la casa a la vista. La noche estaba despejada, la luna alumbraba casi toda la superficie. A lo lejos, se vislumbraba el punto de luz de la pequeña lámpara por una de las ventanas.

—No tardarán. —Se dijo.

Al poco tiempo, un Rolls-Roy que se mezclaba con la noche apareció. Estacionó en el mismo sitio en el que unos minutos antes estaba la camioneta. Ese coche debía de costar un dineral, muy pocos podían permitírselo por aquella zona.

—Canouse y Elliot, como no.

El empresario y el chef bajaron del coche. Tras mirar a un lado y a otro entraron en la casa. La pequeña luz parpadeó nada más cerrarse la puerta. Como si la casualidad quisiera participar, una pequeña brisa transportó hasta los oídos del médium gritos, sollozos y lamentos. La curiosidad venció en una pequeña batalla transcurrida en el interior de su pecho. Con más miedo que otra cosa, se aproximó hasta la ventana para ver que ocurría en su interior.

Lo lamentaría toda su vida.

Maldijo ese don que poseía.

Grabó la estampa en su mente para siempre.

Canouse y Elliot sufrían una tortura invisible, sufrían la tortura de los esclavos. Desnudos y postrados a cuatro patas sobre el suelo, sentían como de la nada unos azotes le desgarraban la piel. No entendían nada... porque no veían por los ojos de Charmaine.

El torturador estaba allí, de pie, junto a los dos atormentados trozos de carne

que expulsaban gritos de dolor por sus gargantas. Con su fusta en una mano y su saco de sal molida en la otra. Con su piel carbonizada por parte y huesos salidos por otra. Con sus carcajadas de disfrute que hacían tanto daño como los azotes salinos. Y azotaba. Primero a uno y después a otro. Y azotaba. Sin cansarse, cada vez más fuerte. Y azotaba, proporcionándole cada brazada un placer inigualable. El empresario y el cocinero morirían de la forma más despiadada, y lo peor aún, sin ver a su asesino.

En el otro lado de la habitación estaba Tempórt. Sujetaba a la naciente alma desprendida del cuerpo de McReady. Lo ayudaba Melanie, que gritaba en su cara «tú serás el siguiente» una y otra vez. Luck intentaba zafarse sin éxito. Tenía su eterno y desalentador destino delante suya. En uno de sus arrebatos giró su cabeza a la ventana y le vio. Su mirada se cruzó con la del curioso investigador.

—Charmaine —susurró primero— ¿eres tú? Ayúdame, por favor. —No obtuvo ninguna respuesta—. Charmaine, tienes que ayudarme —alzó la voz—. ¡Ayúdame!

El médium, aterrorizado, huyó. Se dio la vuelta como una veleta en medio de un huracán y corrió a la camioneta. Por el camino, los gritos de socorro de McReady danzaban al son de los azotes salinos. Ojalá lo último que hubiera escuchado hubiese sido otra cosa que no fuera *¡Charmaine, ayúdame!*

El investigador apoyó las manos en el capó para recuperar el aliento. Cuando levantó la cabeza se percató de un bulto tapado con un toldo de piscina en la parte de atrás. Sospechaba lo que era, pero tenía que verlo con sus propios ojos. Con pasos cortos se dirigió a la parte trasera del vehículo, como si nunca quisiera llegar. Tiró con fuerza de la tela, y allí estaba. Era inconfundible, el pequeño cuerpo de Roy Tempórt envuelto en un plástico negro.

—Maldita sea su suerte señor Tempórt, solo quería encontrar a una niña. Y lo ha conseguido. Ha sido gracias a usted desde el principio hasta el final. Aunque, ahora que lo pienso...

Se empeñó a fondo para controlar la potencia de la camioneta en los pocos kilómetros que separaban la hacienda de la localidad. Se detuvo en la primera cabina de teléfono que encontró.

—Lewis, soy Charmaine. Sé dónde se encuentra Mary Beth, y está... viva.

En lo más profundo de los juglares pantanosos de Soggy Town, Pablo Arenas

construyó una choza flotante de unos siete u ocho metros cuadrados con troncos y ramas. Durante más de nueve meses estuvo escondido allí con Mary Beth.

Pocas horas después de la llamada de Charmaine, aquella cabaña estaba rodeada de cientos de agentes de seguridad nacional y policías, con Aarón Lewis a la cabeza. Incomprensiblemente, después de vivir entre aquella peligrosa vegetación repleta de enormes caimanes, secuestrador y secuestrada seguían con vida.

Pablo Arenas no puso ninguna resistencia a su detención, era como si supiera que venían a por él. Su estado era bastante famélico; la alimentación basada en peces, tortugas y ranas... le produjo bastantes estragos. Y Mary Beth, bueno, la joven era un esqueleto andante. Aun así, reconoció que no sufrió ningún daño por parte de su captor. De hecho, no le puso impedimento alguno a una posible huida. Sin embargo, el miedo la retuvo en aquel sitio incapaz de ir a ninguna parte.

El reencuentro entre Elly y su hija fue para Charmaine lo mejor tras varios días de dolor y miedo. El extenuante interrogatorio que recibió por ser la mujer de Luck McReady, se quedó en el cubo de la basura cuando le dijeron que su hija estaba viva. La última frase sobre su marido fue un resumen muy resumido de lo que el asesino se había convertido para ella.

—Él era una mentira, rezaré por todas sus víctimas.

Las palabras de Pablo Arenas si eran más interesantes para el investigador. Tenía un serio interés en su versión sobre lo sucedido. Además, tenía que darle el mensaje de su hija. Por supuesto, el agente Lewis dejó que el médium estuviera con él en la sala de interrogatorio.

—Desde el día que estuvo en la habitación de mi hija, sabía que esto no era normal. Ella habló conmigo, ¿comprenden? —La delgadez dañaba la pronunciación de Pablo Arenas—. Creían que fui yo, por eso me escondí durante años. Laura conversaba conmigo casi todos los días, y me advertía, me decía donde me tenía que esconder. Por eso no dieron conmigo. Lloré mucho cuando me contó el daño que le hizo ese desgraciado. ¿Sabían que la tuvo más de dos días sin vida y desnuda en el suelo antes de volver al pantano y tirarla allí? —Un escupitajo cargado de rabia salió como una bala de sus labios reseco—. Me dijo que tenía que acabar con él, si no, nunca descansaría. Pero yo quise hacerle sentir lo mismo. Quería que sintiese mi dolor, mi pérdida. Que sintiera lo que es perder a una hija, por eso me la llevé.

» A la hora de la verdad, fui incapaz. ¿Qué culpa tiene Mary Beth de ser descendiente de un asesino? Ninguna. Quién soy yo para debatir eso. Lo planeé

todo, pero se me fue de las manos. No pude matar a la pobre chica. ¡No pude! Y dudo que hubiese sido capaz de matar a su padre. —Se tapó la cara con las manos y lloró inconsolablemente—. Al final lo alargué todo, complicándolo más y más conforme pasaba el tiempo. No sabía qué hacer. Antes de que ustedes llegaran, pensé en liberar a la chica y tirarme a los caimanes. Era lo mejor para alguien como yo. No sirvo para nada. Mi pobre Laura estará decepcionada esté donde esté. Suenan a locura de viejo loco lo que cuento, lo sé, lo veo en sus caras. Me da igual, es la verdad. Hagan conmigo lo que tengan que hacer.

Lewis y Charmaine estaban impasibles ante la declaración del padre de Laura. Lo escuchaban atentos, sin intervenir en ninguna ocasión. Era un hombre destrozado por la culpa de sus acciones, sin ganas de vivir, sin ganas de avanzar, sin ganas de nada. Su mente lo transportaba al pasado constantemente para alojarlo en los recuerdos que tanto le atormentaban.

—Le creemos señor Arenas —dijo Charmaine—. No solo eso, tengo un mensaje para usted.

El médium contó de arriba abajo lo ocurrido días atrás. El detenido escuchaba con la boca abierta; no estaba loco. Cuando escuchó la resolución final, su rostro esbozó una sonrisa enorme. Y cuando Charmaine le dio el mensaje de su hija, una calma invisible lo envolvió.

—Se fue, señor Arenas. Ahora está en otro lado, sin sufrir ni soportar ningún padecimiento —informó por último el médium.

—Mi niña... ¿es libre?

—Así es. Y su venganza se ha cumplido.

—Y tendrá que cumplir una pena por secuestro. —Lewis intervino de forma tajante.

La forma de aceptar que todos los miembros pelados de su esqueleto acabarían entre rejas por unos cuantos años, terminó de una vez por todas el caso de la desaparición de Mary Beth. A Pablo Arenas, simplemente, no le afectó. Dos policías lo llevaron esposado a su nuevo estilo de vida, cualquiera hubiera dicho que se iba de vacaciones y no a la cárcel.

El agente del F.B.I. y el médium se observaron en silencio. Se lo decían todo con la mirada. Estaban solos en la sala de interrogatorio. La chica, por primera vez desde que intervino el médium en un caso, apareció viva.

—Charmaine, nadie daba un dólar por este caso, y menos, encontrar a la chica viva. Esta vez todo ha salido a pedir de boca. Y hemos encontrado a esos asesinos. Sus cuerpos estaban hechos una pena, los de Canouse y Payne apenas tenían piel. El de McReady, además, estaba desarticulado por completo. Les

hemos atribuido doce asesinatos, asegurados los de Laura y Melanie. Me ha costado horrores archivar el caso. Por otro lado, la mujer y la hija del empresario parecían alegrarse más de su muerte que otra cosa. Al fin y al cabo, les has dejado un imperio. La hija ha dejado a ese panadero regordete y ha vuelto con la madre.

» Lo de Elliot Payne ha sido más complicado. Vamos a crear una investigación fantasma para encontrar a su asesino. Su negocio es importante para la localidad de Soggy Town, así que tendremos que buscar alguna opción para mantenerlo abierto. No será lo mismo, pero ya veremos.

—¿Y Mary Beth? —preguntó Charmaine después de escuchar con atención.

—Esa chica parece que no es la misma. La vuelta a la realidad después de estos meses está siendo un shock constante para su mente. Pregunta mucho por su padre, pero Elly se las apaña para esquivar la atención. El tiempo dirá como se desarrolla su vida.

—Al menos, la duda a desaparecido. ¿Verdad?

—Verdad, Charmaine. Y además se ha resuelto de la mejor manera posible. —El móvil de Lewis comenzó a sonar—. Vaya, discúlpame. —Se puso a hablar por el teléfono sin ningún pudor, como si no tuviera secretos para el médium—. Detective Lewis al habla... Ajam, cuéntame... ¿Edad? Ajam... ¿Cuánto tiempo llevan sin noticias de ella? De acuerdo... ¿En San Diego? Vale, iré en cuanto pueda, tengo que hacer una cosa antes —miró al médium—, hasta pronto —finalizó la llamada—. Charmaine, ha desaparecido una chica en California. Creemos que...

—Iré —interrumpió con firmeza.

—¿Si? Pero ni siquiera te he dicho...

—No hace falta —interrumpió de nuevo—. Tengo ganas de empezar. Mientras antes vayamos más posibilidades tendremos. Tengo un don y vamos a aprovecharlo. Iremos a California a buscar a esa chica y, ¿sabes qué? La encontraremos con vida. He tenido la suerte de conocer a un pequeño hombre que se entregó al oscuro abismo para mantener viva su esperanza. Me ha cambiado. Antes, desde el principio, quería solucionar la duda de los padres o familiares, encontrar a ese ser querido para que, tanto unos como otros, de una forma u otra, consiguieran paz. Ahora no, ahora quiero hacer las cosas bien. Buscaré con las ganas del señor Temmpórt a los desaparecidos desde el principio.

—Me alegra oír eso, Charmaine. Entonces, será mejor que dejemos de llamarte el rastreador de muertos, ¿no?

—Agente Lewis, se acabó eso de buscar cadáveres. ¿Nos vamos? Estamos perdiendo un tiempo valiosísimo.